REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 9 de Abril | Núm. 12

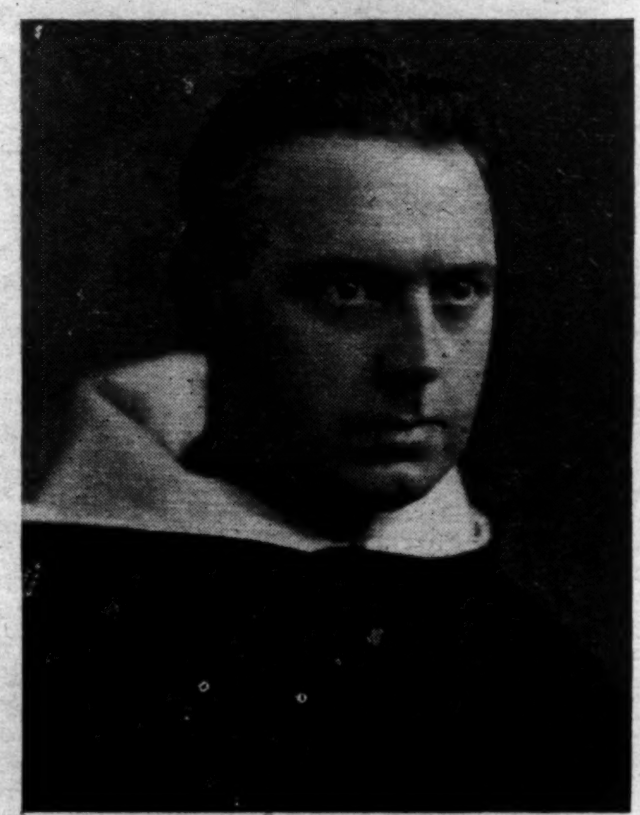
Año XIII. No. 580

SUMARIO

La Iglesia y la guerra

El cuerpo místico de Cristo

DOGMA



Franziskus Stratmann

En el 1922 vió la luz el libro **La mente de la Iglesia,** de Romano Guardini. Comienza esta obra con esta frase: "Ha ocurrido un suceso de importancia indescriptible: La Iglesia despierta en las almas".

Tan sorprendente aseveración no significa, desde luego, que la Iglesia no estuviese despierta antes jamás, sino que se refiere a un estado de somnolencia en el pasado inmediato: Los hombres hoy día tienen para con la Iglesia una actitud de mayor confianza que antes tenían. ¿Y por qué? Porque la época que dejamos atrás era época de excesivo **individualismo,** mientras que la que apunta es época de **solidaridad.** En el siglo pasado se hizo gran hincapié en la personalidad, y la Iglesia—con su vida común, su verdad común, y su común moral—era vista como enemiga de la personalidad.

No se relega la personalidad al olvido, hoy día, pero los intereses de la comunidad ocupan lugar preferente.

Y así despierta, en las almas, la Iglesia. Los hombres recuerdan que ella es la comunidad ideal, tan antigua como el Tiempo, empero siempre nueva; honda, pero clara como el cristal.

La Iglesia, ciertamente, tiene otro aspecto. Es organización, sociedad sujeta a leyes, y éste es el aspecto que mira más el mundo. Las Santas Escrituras, la tradición y la historia, dan testimonio de esta verdad. Las Santas Escrituras dicen de la Iglesia que es la Ciudad, la Casa, el Reino,—imágenes todas de sociedad visible. La palabra grecolatina **ecclesia** significaba primeramente una gran asamblea seglar y política del pueblo. San Pablo fué el primero en emplear la idea de ese vocablo para designar una multitud religiosa, o asamblea de los fieles, y es notable que nunca habla de la **Ecclesia** a secas sino siempre de la **Ecclesia de Dios.**

En esa forma nos da San Pablo una idea nueva que levanta a la Iglesia por sobre todas las cosas del mundo, idea que se comprende mejor al ensancharse el espíritu de solidaridad: la idea de la comunión más honda de los fieles en el Cuerpo Místico de Cristo.

El concepto de que los hombres integran un solo cuerpo, no era nuevo. El mundo pagano concebía el Estado y concebía el **kosmos,** como unidades, y se había dado cuenta de que era el Amor, como en la idea cristiana, lo que unificaba el cuerpo universal. Esto lo vemos en forma concreta en el Antiguo Testamento. De la nación toda de Israel se hablaba como de un solo individuo, y se dice Israel, el Siervo de Jehová, el Hijo deDios. A Israel se le hablaba de tú, no de **vosotros.** Pero la comunión del Nuevo Testamento sobrepasa a la del paganismo y aún a la del judaísmo así como el Cielo sobrepasa a la tierra, porque en esta comunión de Dios con el Hombre no somos yo y tú sino un solo cuerpo único, el Cuerpo Cristiano, del que el Dios-hecho-Hombre es miembro, el miembro más importante, su Cabeza.

Antes de que examinemos más detalladamente a la Iglesia en su invisible carácter místico, consideremos una vez más su aspecto visible. La imagen más usual bajo la que se le representa, y la mejor comprendida por católicos y no-católicos, es la de la casa construída sobre la roca. Esta imagen despierta en nosotros un sentimiento de veneración por

Carta alusiva

Mi muy querido don Joaquín García Monge:

Por fin le envío a Fray Franziskus Stratmann en español, traducido con autorización del autor obtenida por medio de nuestros amigos de la Liga de Reconciliación. Hablemos de Fray Franziskus.

Nació en 8 de septiembre del 1883 en Solingen, gran centro de manufactura de acero, en la Rhenania. El intelecto como que se le hizo acero a este hombre, que sabe guardar tan bien el filo. El nombre de Solingen lo hallamos en la hoja de las buenas cuchillas. Fray Franziskus es cortante. Gran pacifista, no es rama de oliva la que trae en sus manos, sino acero filoso. Después de Solingen estuvo en Saarbrucken, donde hizo los nueve años de estudios pre-universitarios. En el 1905, después de haber estado un corto tiempo en la Universidad de Colonia, sintió imperiosamente el llamado de la Iglesia de Cristo y se decidió por la Orden de Predicadores que fundó el español Santo Domingo. En escuelas de esta Orden hizo Stratmann sus estudios de teología, filosofía y humanidades. En el 1912 fué ordenado sacerdote católico. Pasó in-

(Pasa a la página 179)

su antigüedad, y de asombro por su fuerza y su belleza. Pero también es capaz de despertar un sentimiento de temor, de miedo, y hasta un sentimiento de repulsión ante los elevados muros desnudos y los fosos profundos que parecen hacer difícil todo acercamiento.

Así, de un lado, tenemos la llana descripción de la Iglesia como comunión y compañía visibles, y de otra parte, la enfática aseveración de la Divina Cabeza invisible de esta notable organización.

El reconocimiento del Ser interior de la Iglesia es en verdad un acto de Fe. Nos es dado aprehender su aspecto externo, con el intelecto y con los sentidos: Pero, **Credo Ecclesiam:** La Iglesia es un misterio de la Fe.

Primeramente, la Iglesia es la visible comunión de los Fieles, edificada por Cristo sobre la roca de Pedro y fundada por los Apóstoles y Profetas.

Segundamente, los fieles, mediante el nuevo nacimiento del Bautismo, se unen con Cristo, cabeza del Cuerpo. Todos confiesan el mismo Credo, emplean idénticos medios de Gracia, acatan iguales leyes y preceptos, para, con la guía del Espíritu Santo, declarar el Reino de los Cielos en la Tierra y obtener eterna vida.

El **Credo** es valioso por lo que toca a nuestra actitud para con la Iglesia visible, pues nos da, en dos respectos, puntos de vista diferentes del puramente nacional Una vez que reconocemos que en el pasado lo mismo que en el presente la Iglesia Católica Romana, fundada por Cristo sobre la roca que es Pedro, es la única Iglesia verdadera, suponemos una Fe sobrenatural en la promesa de Cristo y en la ininterrumpida conducción de la Iglesia por el Espíritu Santo que está en ella. Vemos también, con soberana claridad, que la línea de desarrollo no se interrumpe desde Cristo por Pedro hasta el Papa actual, y que la diferencia entre entonces y ahora es sólo diferencia entre la simiente y el árbol que de la simiente ha nacido. Este conocimiento no sólo nos muestra el fenómeno histórico y nos obliga a exclamar **Scio**—yo sé, yo veo,—sino que nos conduce más allá, hasta los umbrales de este secreto en que, movidos por la gracia de Dios, declaramos en voz alta: **Credo**—creo.

No fué la Iglesia visible edificada antes que la Iglesia invisible, pero los fieles—templo del Espíritu Santo cada uno—son las piedras vivas edificadas sobre la fundación de Apóstoles y Profetas y de la que el mismo Cristo es la principal piedra angular, en quien el edificio todo se junta en un solo conjunto y se convierte en santo Templo (Ef. II., 20-21): La Iglesia visible no es sólo resultado de la Fe sino también su obra y testigo. Creemos porque he aquí que la Iglesia existe, y la Iglesia existe porque creemos. Lo invisible y lo invisible se entrelazan de tal modo que nos inclinamos ante el **Credo Ecclesiam** y hasta reconocemos a la Iglesia visible como realidad para ser aprehendida aun más por nuestro sentido místico que como fenómeno histórico.

Cuando una parte de la familia sufre, la otra parte sufre con ella. En toda condición de vida nos ayudamos unos a otros. Pero la Iglesia es más que una personalidad moral o legal. Su unidad con Cristo la Cabeza y con los Cristianos como Miembros, descansa en el influjo real y continuo de vida sobrenatural que fluye de la Cabeza a los Miembros. La gracia —**la gratia capitis**—es, de conformidad con San Pedro (2, I., 4), una participación de la Divina Naturaleza. Así, la comunidad va más allá de una mera comunión de pensamiento o de enseñanza o de imitación o de servicio. Es una comunidad tan completa y viva, que Cristo puede decir: "Yo soy la viña; vosotros sois las ramas", y San Pablo: "Vivo y ello no obstante no yo sino Cristo vive en mí".

San Pablo nos da otro ejemplo ilustrativo de la unión de Cristo con la Iglesia,—la unión de marido y mujer. Las personas son distintas, pero su unión es tan estrecha que no sólo moral sino también físicamente son uno. Esto nos da una idea muy distinta de la idea popular protestante o de la idea católica superficial. Para tales la Iglesia no es más que una sociedad que se reune para estudiar a Cristo así como la Sociedad de Goethe se congrega para estudiar a Goethe. La relación en que la Sociedad de Goethe está respecto de Goethe es la en que está la Iglesia del cristiano liberal respecto de Cristo. Le honra, ama y sigue como la Sociedad de Goethe hace con Goethe. La Iglesia Liberal es una sociedad religiosa para el cultivo de un punto de vista religioso liberal, una asociación puramente humana. La Iglesia Católica es, en cambio, una Sociedad religiosa para el cultivo del punto católico; pero es algo más y muy por encima de eso: Ella es Comunión Divina y humana. El Dios-Hombre no es sólo la Cabeza histórica de Su Iglesia, Quien, desde Su ascensión, vela por Ella y la conduce, sino que, de conformidad con la enseñanza católica, el Dios-Hombre permanece por siempre con el hombre en la tierra, uno con él y con Su Iglesia, su **principalísimo** Miembro, su Cabeza, orgánica y espiritualmente uno con ellos. Y aquí vemos el sobrenatural origen de la Iglesia. No es, como otras sociedades, el juntarse de muchos individuos. La Iglesia crece de Cristo como Cabeza, no de los hombres como miembros. No son los hombres los que funden la unidad de la Iglesia, sino que es Cristo quien esto hace (Ef. IV., 16), y así el Cuerpo, compuesto de los miembros Bautizados que están unidos en Cristo tan estrechamente como las partes de un cuerpo con la cabeza, se vuelve a la vez Divino y humano. La Iglesia es un organismo Divino y no humano. Para asir realmente la idea de todo el Cuerpo Místico de Cristo, debemos mirar hacia el Cielo más allá de este mundo. Hay una Cabeza, el Cristo Glorificado. Y hay el cuerpo —un cuerpo—que contiene como células, por así decir, no sólo los miembros de la Iglesia que existen en la tierra sino también a todos los que ya gozan del Cielo y a los que penan en el Purgatorio. El hecho físico de que una parte del cuerpo **en unión con la cabeza** puede ayudar a otra parte del mismo cuerpo, es lo que explica la práctica católica de oraciones a los Santos y oraciones para los difuntos en el Purgatorio. Así dejamos de ser extraños y extranjeros unos con respecto de otros, y somos de la casa de Dios y ciudadanos de los Santos (Ef. II., 19).

ETICA

En la Epístola a los Efesios hallamos aquella palabra célebre, **Omnia instaurare in Christo**.—restaura en Cristo todas las cosas (Ef. I., 10). Mejor traducción que ésa, de "anakephalaiosasthai ta pauta en to Khristo", es "darle a todo Cabeza en Cristo" o "unir de nuevo bajo una Cabeza". Pero el sentido es el mismo. Si Cristo es la Cabeza, el Medio, el Fin de todo, así deben reconocerlo todos. Todo debe estar bajo El y devenir más completamente Suyo. Un resultado práctico de ello es la exigencia de aumento para Su Reino en anchura y hondura. Debemos considerar la circunferencia del status de este reino. ¿Quién pertenece a él? ¿Quién sólo externamente, quién interiormente, quién externa e interiormente?

Distinguimos entre el Cuerpo y el Alma de la Iglesia. Por el Cuerpo no significamos aquí el Cuerpo místico de Cristo, sino el Cuerpo externo, la corporación, de la Iglesia. A éste pertenecen todos los debidamente bautizados, al menos cuantos no se han separado formalmente de la Iglesia Católica Romana. Hay unos mil setecientos millones de habitantes en el mundo, de los cuales alrededor de trescientos dieciséis millones son católicos.

¿Será esto, como resultado de 1900 años de cristianismo, satisfactorio o lo contrario? Ambas cosas. Haber ganado a tantos para la Iglesia, seguramente que es tremendo: Ninguna otra religión ha hecho otro tanto. Y como la Iglesia Católica Romana se extiende sobre todo el mundo, bien puede llamarse la Iglesia Universal.

Lo que este catolicismo puramente externo ha hecho en provecho del mundo ha de ser evidente para cuantos consideren su cultura y la grandeza sobrenatural de sus ideales. Esta Iglesia trajo consigo ideales nuevos, nuevas normas de conducta, nuevas maneras, nuevas leyes. Se han sometido a ella hombres de todas las razas, de todos los tiempos, civilizados y bárbaros. Ninguna otra institución en el mundo pudo lograr lo que ella. Pero, por otra parte, debe entristecernos pensar cuántos millones hay en quienes la influencia Católica es poca o ninguna.

Primeramente, hay los no-católicos, los que en ninguna forma pertenecen al Cuerpo de la Iglesia. Ello no obstante, de conformidad con la enseñanza de la Iglesia, sin ser miembros pueden sin embargo unirse al Alma de la Iglesia y poseer el Espíritu de Cristo, unirse a El, gozar su Gracia Sobrenatural, y ser salvos. Tales almas son interiormente católicas y el Dogma de que fuera de la Iglesia no hay salvación queda intacto, porque se refiere al Alma de la Iglesia; pero su situación de éstos fuera del Cuerpo de la Iglesia, carentes de su enseñanza y de sus medios de Gracia, está llena de peligro y la pa-

labra de San Agustín respecto de los no-católicos está preñada de advertencia. "¿Queréis vivir en el Espíritu de Jesucristo? Vivid, pues, en el Cuerpo de Jesucristo. ¿Vive acaso mi cuerpo por tu Espíritu? Mi cuerpo vive por mi Espíritu y el tuyo por tu Espíritu". El vivir "por mi espíritu", como alumno o discípulo, sin unidad corporal, es posible, pero cuán débil ha de ser tal unión sin la unidad corporal. La verdadera unidad puede ser sólo cuando el cuerpo y el alma hacen una sola persona. De manera que puede haber unidad con Cristo sólo cuando pertenecemos no solamente a Su Alma, sino también a Su Cuerpo, que es la Iglesia.

También es posible pertenecer al Cuerpo de la Iglesia y no al Alma. Puede exteriormente una persona ser católica, pero carecer del Espíritu interior. Lleva el nombre, pero está muerto. En verdad es miembro del Cuerpo, pero la vida sobrenatural de Gracia que viene de Cristo la Cabeza no fluye por él, sólo su fe lo mantiene unido aún con el Cuerpo. Sólo Dios sabe cuántos católicos hay en este estado—pendientes entre la vida y la muerte Espirituales,—pero sin embargo no es éste un estado sin esperanza porque, en virtud de ser Miembros de la Iglesia, su retorno a la plenitud de la vida Espiritual siempre es fácil.

Hay otra situación Espiritual de la que este libro tiene que tratar especialmente. Muchos católicos cumplen con sus obligaciones como Miembros del Cuerpo de Cristo pero aún dejan en sus vidas mucho que desear. Hay muchos católicos, correctísimos, inacusables. en su Fe, pero a quienes aún les falta una cosa que el ser Miembros con Cristo debiera darles, y esto es el Espíritu de Cristo. Se instalan cómodamente en la **Casa** de la Iglesia, pero no respiran la **Vida** del Cuerpo de la Iglesia, que es mucho más importante. La imagen de la Iglesia de la Casa edificada sobre la roca es más fácil de aceptar que la imagen del Cuerpo, porque en casa espaciosa pueden hombres de distintos partidos y gustos vivir sin tropezar unos con otros. No así en la Iglesia como Cuerpo. Las células y órganos y miembros de un mismo cuerpo no pueden hacer caso omiso unos de otros. Si lo hacen, el cuerpo entero sufre. Hay demasiados católicos que cumplen sus obligaciones como la de oír Misa y otros preceptos de la Iglesia, que crían a sus hijos como católicos, y que son muy exactos y correctos. Aceptan con el alma y con el cuerpo a la Iglesia como casa bien ordenada, pero, ¿y a la Iglesia como el Cuerpo Místico de Cristo? Ser católico significa nada más ni menos que ser uno con todos los cristianos, en voluntad y amor y hecho y sacrificio, así como todos los Miembros del Cuerpo son uno unos con otros y con la Cabeza.

Ese es cristiano, quien sigue a Cristo, si no en actos de heroísmo, sí en las cosas cotidianas de la vida, porque es justamente en estas cosas elementales de la vida diaria en lo que echamos de menos, en estos católicos externos, el Espíritu de Cristo. Es trastornar el orden de la Etica Cristiana, darle mayor importancia a las leyes de la Iglesia que a los mandamientos de los Evangelios—creer que faltar a la Misa Dominical sea peor que los brotes del orgullo y del odio y del deseo de venganza.

La más grande de todas las leyes del Catolicismo es la que se deriva del Cuerpo Místico de Cristo: La de Amor para la Cabeza de este Cuerpo y para todos sus Miembros: "No hay Judío ni Griego... Todos... uno en Jesucristo" (Gal. III., 28). Amor y compañerismo son las dos semejanzas específicas con Cristo, mayores que cualquier simpatía natural, que cualesquiera intereses sociales o materiales.

La simpatía y los intereses puramente **naturales** no tienen en realidad nada que ver con la Religión Cristiana: no son más que amor propio, servicio egoísta que no amor y servicio de Dios, amor y servicio de Cristo.

¡Cuán lejos está el Cristianismo de hoy día, de la realización de estos ideales! Dos Cabezas de la Cristiandad—dos Papas—han cumplido, en verdad, con su deber, sin consideraciones de la Nación o religión de los Miembros atormentados de la raza humana, pero lo que es el Cuerpo ha sido despedazado y destrozado de manera terrible por falta de amor y simpatía.

La Iglesia Universal parece ser como un enorme edificio dividido en pisos y cuartos en los que las naciones y clases viven separadas, sin cuidarse unas de otras. En Rusia cada año millares mueren de hambre, y en los Estados Unidos oimos decir que hay un derroche espantoso, llegándose a emplear artículos alimenticios como combustible porque el precio del carbón está alto. Una nube de pesimismo cuelga sobre todas las naciones, mientras que los hombres de Estado corren de conferencia en conferencia. Falta el sentimiento de que el hombre es responsable de su prójimo, nación de nación. En nuestros días una nación no es más que tantos millones de hombres. En la Edad Media no era así. Se reconocía, quizás subconscientemente, que una familia o un Estado eran algo más que un número dado de cabezas. Eran entidades biológicas humanas — comuniones. Este concepto hallaba respaldo y fuerza en la idea cristiana del origen común de la humanidad, de la Redención del mundo entero, de la Iglesia Universal única. La enseñanza del Cuerpo Místico de Cristo, traducida al idioma de la política y de la Etica, es: Solidaridad entre las naciones y en la vida nacional.

Si vivimos en unión de la Cabeza, no tenemos otros enemigos que los enemigos de Cristo, y aún entonces los trataremos como El los trató: Procuraremos vencer su maldad haciéndoles el bien.

Franziskus Stratmann, O. P.

CARTA ALUSIVA...

(Viene de la página 177)

mediatamente a maestro en las escuelas para misioneros de los padres dominicos, en Vechta, y de allí, poco antes de la Guerra, fué ascendido al curato de los estudiantes católicos de la Universidad de Berlín. En este puesto estuvo 10 años, hasta que sus ideas y actividades pacifistas lo pusieron en dificultades con el sentimentalismo emotivo de los muchachos universitarios hacia el 1924.

No fué siempre pacifista Fray Franziskus. Al igual que muchos de los mejores alemanes, creyó sinceramente, a principios de la guerra, que la justicia estaba de parte de Alemania, que a Alemania se la había obligado a defenderse por medio de las armas, que la guerra era, de parte de Alemania, guerra de defensa, y que ella ofrecía amplias oportunidades para que el espíritu y la religiosidad se elevaran a los más nobles planos. A principios de la guerra escribió un pequeño libro en el que expuso esas ideas. Su período en la Universidad de Berlín ha sido el más espléndido de su vida sacerdotal. Su hondo espíritu cristiano de él, su fina y atrayente personalidad y sus admirables dotes intelectuales, le sirvieron para cautivar a los jóvenes y para inspirarles un amplio y profundo sentido de la vida cristiana y de las actividades propias del cristianismo verdadero. El trágico fin de la guerra y sus desastrosas consecuencias morales y espirituales hicieron cambiar a Fray Franziskus gradual pero completamente. Ya a mediados de la guerra el conflicto entre cristianos y los horribles métodos y las funestas consecuencias de la guerra moderna, comenzaron a preocuparle hasta convertirse en el problema fundamental de su vida. Como investigador sincero de la verdad, Fray Franziskus decidió entonces dedicarse, hasta donde sus obligaciones de religioso se lo permitieran, a la causa de la paz cristiana, —de la paz en y por Nuestro Señor Jesucristo. En el 1923 se le invitó a hablar en la reunion anual de la Verband der Katholischen Akademiken (Liga de académicos católicos,—entendiéndose por académico un profesional que ha hecho estudios universitarios). El tema de sus conferencias fué el problema del cristianismo frente a la guerra. Sus palabras de entonces son, substancialmente, el libro que a raiz de esa reunión publicó: **Weltkirche un Weltfried—La iglesia universal y la paz universal**—que ahora traducimos, y cuyo efecto inmediato en Alemania ha sido revolucionario, especialmente entre los teólogos pero también en el mundo laico, respecto a la actitud católica frente a la guerra. Entonces fué que las actividades pacifistas de Fray Franziskus exaltaron la emotividad de los estudiantes en contra suya, y que el nuevo y ya ilustre teólogo tuvo que abandonar sus funciones universitarias.

El libro de Fray Franziskus ha sido traducido al inglés y al holandés. Sé que se está traduciendo a otros idiomas. Me ha tocado la buena suerte de ponerlo en español, y para ello he usado la versión inglesa del 1928. Esa obra y la influencia que ella ha tenido han hecho al Padre Stratmann el director espiritual del movimiento pacifista católico no sólo en Europa sino también en países de otros continentes. Desde el 1924 el Padre Stratmann ha venido siendo concurrente importante a diversas reuniones pacifistas internacionales promovidas no sólo por elementos católicos sino también de otras religiones, y, nuevo apóstol de los gentiles, suyo ha sido el moderno Evangelio de la Iglesia respecto de la guerra.

En el 1927 publicó otro libro—**Regina Pacis**—en que se ocupa más bien del aspecto puramente religioso del problema de la paz. En revistas religiosas y teológicas ha pu-

blicado numerosos artículos. Ahora dirige la revista mensual **Friedens Kanster (El luchador por la paz)**, órgano de la Liga Pacifista Alemana, y es miembro prominente del Comité Católico Internacional Pro-Paz cuyo fin es promover y alentar la acción pacifista católica en todos los países y crear grupos católicos pacifistas en los países en donde aún no los hay fundados. A este respecto, quizás entre los muchos ilustrados sacerdotes alemanas de este clero costarricense, o entre los reverendos padres dominicos que tan interesados se han mostrado en dirigir la acción social católica aquí, haya quienes se interesen por y en la obra del Comité Católico Internacional Pro-Paz. El Padre Stratmann quedaría encantado con servirles. Su dirección, para quienes deseen escribirle con cualquier motivo, es: P. Franziskus Stratmann. O. P., Berlín-Hermsdorf, St. Dominikusstift, Alemania. El ideal del Padre Stratmann es formar núcleos de **pioneers** católicos pro-paz, a quienes inspiren los más altos ideales cristianos, y, por lo que respecta a labor científica, contribuir al estudio de los grandes problemas teológicos provocados por los modernos sistemas de la guerra frente a la Doctrina Cristiana bien entendida.

El libro que traducimos, y del que le envío el primer capítulo—los demás seguirán en su orden—es el primer examen completo del problema de la guerra que haya hecho un teólogo católico después del 1914. El Padre Stratmann cuidadosamente discierne la enseñanza tradicional católica, particularmente la de San Agustín y de Santo Tomás, de las doctrinas demasiado relajadas de ciertos teólogos posteriores; y así llega a una notable conclusión, la cual, por más católico que él sea, no deja de aplicar a las Cruzadas, así como, en la primera parte de su libro, no permite que su nacionalidad alemana desvíe su juicio acerca de la Gran Guerra. Es un libro notable, para católicos y para quienes no tienen la dicha de serlo. Es un libro para la humanidad. A usted que es tan enamorado de la patrística, le encantará. Y ojalá que provoque discusión este libro.

Suyo afectísimo,

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
Domingo de Resurrección, 1932.

P. D.—Imagínese que alguien hubiese dicho en tiempos de Nerón que el jefe de los perseguidos cristianos llegaría a ser por los siglos de los siglos Pontífice Romano! Bueno. De repente me parece que como van las cosas, el Pontífice Romano llegará pronto a ser cabeza de los Soviets del Universo. Sé que al decir esto me expongo a que tirios y troyanos quieran morderme. El otro día leía en una obra argentina que el Derecho Canónico y la Legislación Soviética se juntan respecto de la familia. Y hace unos cuantos meses nuestro gran liberal, el sabio don Elías Jiménez Rojas, acusaba al Papa de prepararle el camino al Comunismo. Ya son señales. Y no olvidemos el **Evangelio de San Lenín** de Arturo Capdevila...

S. de la S.

La tertulia de los viernes

= Envío y notas de *P. H. U.* =

A la señora *María de las Nieves Gonnet de Rinaldini* (¹)

Mientras la enorme ciudad
por calles y plazas mueve
sus rebaños de automóviles
de balidos diferentes,
y las ventanas despiertan,
y los jardines se duermen,
y el centro es un torbellino
de azules, rojos y verdes,
y un blanco y negro de cines,
y un turbio de cabaretes,
enciende su luz tranquila
la tertulia de los viernes.
Y que no la enciende en vano
dan señales bien patentes
porcelanas y cristales
en generosos manteles.

Gira toda la tertulia,
es claro, en torno de Nieves:
a pesar del nombre frío,
nunca más férvido eje.
Ella lleva el pensamiento
en los labios elocuentes,
o en los brazos armoniosos
ya lo salta o ya lo mece.
Carácter excepcional
y temperamento ardiente,
de haber nacido princesa
fuera la más eminente.
Castillos que ella tuviera
nunca levarían puentes,
y por su mano otorgara
las rosas y los laureles,
bastando sólo el talento
y un mínimo don de gentes.
Por eso con disimulo,
que mil aplausos merece,
primero mide los pies,
después calcula las frentes.

La asiste su única hermana,
por serlo, Perla, y por breve,
más pozo que torrecilla
y más cisterna que fuente.
Bien se nota lo que vale
noche que no esté presente.

Amado Alonso se fué
a Inglaterra la lueñe
y un día trajo a Juanita,
sabréis con lo que volviere:
la sencillez y la gracia,
algo de neblina y césped;
pincelados de español
los róseos labios ingleses.

Allí Isabel la de Ureña,
gloria de las Isabeles,
calla ojos de terciopelo,
dicta palabras de mieles;
y lo que la noche avanza
o el sueño la desvanece,
cobra un interés romántico
de ojivas y de cipreces.

María Rosa Oliver
es tan pequeña y tan leve,
que en el hueco de un sillón
nido de seda se teje,
y desde él su monarquía
a todas partes extiende,
a puro fulgor de ojos,
a puro brillo de dientes.

Digamos de Rinaldini
las palabras más corteses
puesto que él con todo el mundo
las gasta naturalmente.
Acaba de abandonar
el erudito bufete
donde oprime con un bronce
Oriente con Occidente.

Con dos Alfonsos se adorna
la tertulia de los viernes,
y con dos Pedros también,
ambos los dos excelentes,
docto el uno en hacer versos
y el otro en darles sus leyes.
Dos Alfonsos y dos Pedros,
lírica baza de reyes.

Que amado Alonso en colores
su juventud manifieste,
su rebeldía en cabellos
caídos sobre las sienes.
Dueño y señor de palabras
anticuadas o corrientes,
bien se le puede llamar
señor de vidas y muertes.

Allí Julio Rey Pastor
el vuelo atrevido tiende
que no hay cumbre que no alcance
ni cielos a que no llegue.
Cómo no alcanzar a todo,
cómo a todo no atreverse,
si tales ojillos clava,
si tales narices tiene.

Y Carlos Alberto Leumann,
de tan agudo, se duerme;
pero habrá que estar atento
al punto que se despierte,
que, buzo de corazones,
en tinieblas se entretiene.

Sólo hablo de estas figuras,
familiares, permanentes,
porque, puesto a hablar de todos
los que por acaso vienen,
o a evocar sombras ilustres,
no alcanzarían papeles.

Mas ya camina la noche
y el tumulto exterior cede.
Se hace una calma de focos
y avenidas con aceite,
y el silbo de un vigilante
lento arabesco distiende.
Bajan sedas perezosas
de las discretas paredes,
lámparas de pergamino
bloques de oro parecen,
hay un vuelo de abanicos
muy pausado en el ambiente,
en el rincón de los libros
brilla dorado filete,
se nota el caer de un pétalo
sobre el hombro de algún mueble.
hacia el techo flota alguna
nubecilla azul celeste,
y en oasis de silencio,
el alma, palmera, crece.

Fernández Moreno (²)

Buenos Aires.

(¹) La señora de Rinaldini es de una familia emparentada con San Martín. Su marido, don Julio Rinaldini, es un excelente crítico de arte.

Los concurrentes a la tertulia que nombra el poema, son: la señorita Sara Isabel («Perla») Gonnet, hermana de la dueña de la casa y mujer de excepcional cultura; la señorita María Rosa Oliver, que forma parte del consejo directivo de la revista «Sur»; el filólogo español Amado Alonso y su esposa, Juanita Evans; el ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña y su esposa Isabel Lombardo; el periodista argentino Alfonso de Laferrere; el poeta y embajador de México, Alfonso Reyes; el poeta argentino Pedro Miguel Obligado; el matemático español Julio Rey Pastor; el novelista argentino Carlos Alberto Leumann.

Entre los concurrentes que el poeta no nombra, podría recordarse al escritor argentino Alberto Gerchunoff, el cuentista uruguayo Enrique Amorim, a Benavente, a Amado Nervo, a Antonio Caso, a Luis Urbina, a Américo Castro, a Sanín Cano.

(²) Fernández Moreno forma, con Lugones, Enrique Banchs y Jorge Luis Borges, la plana mayor de la poesía argentina actual.

Un héroe latino

= De *La Antorcha*. París =

¿Quién no habla de unión latina? ¿Quién no suscribe la idea de que la cultura latina es la más brillante, la más noble, la más humana, la más radiosa? ¿Qué doctrina recoge más sufragios en todos esos banquetes diplomáticos o mundanos que la sociedad hispanoamericana más parisiense se ofrece a sí misma? Por desgracia, es también una doctrina que pierde todo su prestigio desde el instante en que reviste un aspecto concreto y actual. Y su profeta, José Vasconcelos, arrojado de su patria, grita en el desierto, luchando con un miserable folletuelo mensual, prohibido en su país, y tiene que defender como ideas subversivas, de contrabando, prohibidas, reservadas a los candidatos de bola negra y a los conspiradores, lo que ha llegado a ser entre nosotros un caso de lugar común.

José Vasconcelos es una de las más altas figuras intelectuales del Méjico moderno. Ha sido su filósofo y su maestro. Lo ha dotado de órganos de cultura y educación, de programas y directivas universitarias. Ha comprendido lo que podía significar para el porvenir de la civilización el despertar de este joven imperio español, en el cual el elemento indígena, tan rico, tan vivo y tan profundo, podía desempeñar un papel admirable. Ha visto que contra la invasora barbarie norteamericana le tocaría a Méjico el papel de reducto avanzado. Todo un drama se prepara allá, en el cual parece que estuviésemos todos nosotros ya comprometidos.

Ahora bien, de sus aspiraciones más sinceras, de sus exámenes de conciencia, de sus revoluciones, el pueblo mejicano no ha podido nunca sacar el fruto. Una mano extraña, extraordinariamente hábil, ha deslizado siempre en el momento propicio para enredar las cartas y hacer que después de cada uno de sus sobresaltos el pueblo mejicano, violento e ingenuo, vuelva a ser tan esclavo como antes. Una confusión singular pesa sobre todos los movimientos del alma y de la nación mejicanas; pero el yanqui encuentra constantemente en ello su provecho. Lo que podía parecer reivindicación nacional reaparece embotado, entorpecido y trocado en beneficio del poderoso vecino. Un buen día, Méjico pretende recuperar las riquezas de su subsuelo y se da una ley que le devuelve su petróleo. Protestas en los Estados Unidos, discusiones, negociaciones. El asunto se arregla, pero en beneficio de los Estados Unidos. Otra vez, un movimiento anticlerical se perfila en Méjico; movimiento que parece completamente nacional, inspirado en la más pura y original indología. Pero mientras que los sacerdotes católicos, representantes, en suma, de la vieja cultura española y latina, huyen bajo la persecución, vemos esparcirse por todo el país a los pastores protestantes, heraldos de los capitales y de los cañones yanquis.

Por haber denunciado tantos compromisos obscuros; por haber soñado generosamente en una política clara y en acabar con el reino turbulento de los pretorianos vendidos a Nueva York; por haber intentado sacar la consecuencia útil y justa de las experiencias revolucionarias y establecer por fin un régimen estable, José Vasconcelos ha debido refugiarse en Francia. Desde aquí trata de sostener, por estos débiles medios que constituyen la explicación y la palabra, el esfuerzo tenebroso de su patria, vagamente consciente de la misión que le inspira su sangre latina y tratando de librar su voz de tanta confusión trágica. La conciencia mejicana está sordamente en trabajo. Dioses subterráneos se estremecen en ella, entre los que mal se distinguen los viejos dioses aztecas y el Dios de amor que los conquistadores cristianos llevaron en medio de tanto fuego y de tanta sangre. Hay allá una especie de gandhismo que nace y al cual Vasconcelos ha dado toda su fe, con la limitación, sin embargo, de que este gandhismo, volviéndose torpemente contra las tradiciones españolas, es decir, católicas, europeas, latinas, no vaya a servir las miras de los puritanos y los pragmatistas de los Estados Unidos. Contra éstos, el ardor de Vasconcelos es furibundo y desesperado. No hay una sola fisura de su nación despedazada en la que no denuncie la infiltración de alguna influencia yanqui. Y por eso debe interesarnos: porque nadie mejor que un tirador de las avanzadas sabría definir lo que en el confort oficial del gabinete nosotros llamamos tan fácilmente civilización. El se sostiene allí en donde esa civilización está en peligro; él adelanta, en el tiempo y en el espacio, la forma patética y amenazada de la civilización.

Contra el conformismo **behaviorista,** contra ese gusto de ceder al número, al éxito, al medio, a la circunstancia, doctrina de débiles que se creen fuertes, moral de colosos de arcilla, Vasconcelos sostiene la idea, del todo latina, de la derrota fecunda, de la resistencia secreta, de la paciencia que triunfa, de la duración que se establece lentamente, misteriosamente, por las solas vías del espíritu. El sobrepasa la publicidad y el rumor sobrepasa la



José Vasconcelos

Madera de *Esqueriloff*

Despedida y homenaje

= De *La Antorcha*. París =

Desde hace varios meses esta **Revista** se edita en Madrid, y ya no en París. Habíamos tenido la esperanza de poder conservar nuestra oficina de París y de esa manera hubiésemos sentido como que no nos ausentábamos. Desgraciadamente, la estrechez que los tiempos impone a toda clase de negocios nos ha obligado a prescindir de la oficina parisiense. Y se impone, por lo mismo, hacer constar que dejamos la libre hospitalidad francesa porque siempre tuvimos el propósito de centrar nuestras actividades en España tan pronto como se proclamase la República. De Francia conservamos las más gratas **saudades**. Ni podremos olvidar que en un instante en que tantas puertas se cerraban, París, fiel a su tradición de no molestar al extranjero con preguntas, nos dejó hacer sin ocuparse de nosotros. Eso en cuanto al París administrativo, que, por eso mismo, ganó todo nuestro respeto.

Pero, además, en el París de la inteligencia no sólo se nos dejó hacer, sino que en muchos casos se nos hizo sentir el calor de simpatía que se otorga a las tareas un poco fuera de lo común. En estos casos, París se sigue dando a manos llenas. Como una muestra de lo que es la profunda comprensión del medio parisiense, traducimos en este mismo número de **La Antorcha** el artículo de Jean Cassou sobre nuestra empresa. Vemos en él confirmado que París sigue teniendo un rincón de su pecho reservado a cada una de las grandes angustias humanas. La valentía, a lo Cassou, logra más en favor del acercamiento francoamericano que esos otros juicios impregnados de prudencia y ladinos, como si se cuidase no de la verdad, sino de la pequeña ventaja, la colaboración periodística bien pagada, los honores y visitas, en fin, las innumerables sinecuras que los malos Gobiernos reparten para ganarse el silencio de los escritores "poco combativos", llamémoslos así para no ofender.

Tras de leer el artículo de Cassou, el hombre de la calle en nuestra América, el ciudadano medio de criterio libre, comprenderá por qué París ejerce la influencia que hace tanto tiempo retiene. No por los bulevares bulliciosos, ni por los edificios, ni por los placeres, que algo de eso hay en todas partes, sino por las almas universales y generosas que le dan su sello de humanidad. ¡En París, sino también en el resto de Francia, el escritor manda!

Entre tantos recuerdos me viene a la memoria la nota sobre un reciente discurso de Herriot. Dijo: "La paz que yo deseo para el mundo es la paz de alegría que se canta en la Coral de Beethoven".

(*Pasa a la página siguiente*)

fuerza, trasciende, impone, crea. Su América no existe aún; su Méjico no es sino una espera silenciosa, y su ideal latino no coincide todavía con nada de aquello a lo que se ha convenido en dar ese nombre. Pero es seguramente él quien tiene la razón. Es un hombre tranquilo que lleva en su semblante ese aire de nobleza y de melancolía que se ve en los retratos de Bolívar; y así como Bolívar heroicamente lanzó en el porvenir veinte Repúblicas desconocidas, Vasconcelos sueña en volver esas veinte Repúblicas libres a la conciencia de su común origen y de las ideas a las cuales deben su existencia. Nueva aventura toda espiritual y que patricipa de esa historia oculta que se filtra bajo la apariencia de los acontecimientos, y que es la verdadera historia de la Humanidad.

Jean Cassou

Despedida y homenaje...

(Viene de la página anterior)

¡Herriot es uno de los hombres de mayor arrastre político, con mayor número de votos entre el elemento de izquierda! ¿Imagináis a uno de los rufianes que entre nosotros usan pistola y firman tratados internacionales.. lo imagináis... descifrando..., acudiendo al maistro... para medio entender lo que dice el discurso de Herriot? Y no es cierto que los tipos nuestros correspondan a una masa ignorante y envilecida. La prueba es que no ganan los votos. Y para imponerse tienen necesidad de asesinar a los votantes. En fin, adiós, París, y ojalá sea au revoir.

J. V.

INDICE



CON EL CORREO DE ESTA SEMANA HEMOS RECIBIDO LOS SIGUIENTES LIBROS:

Pío Baroja: *El Arbol de la Ciencia*. Novela ₡ 3.25

Oswald Spengler: *El Hombre y la Técnica*. (Contribución a una filosofía de la vida) . 3.25

M. N. Roy: *Revolución y contrarrevolución en China* 10.00

Mariano Azuela: *La Luciérnaga* 3.25

Melchor Fernández Almagro: *Catalanismo y República Española* 3.25

Paúl Rival: *Vidas extrordinarias: César Borgia* 3.50

Elisabeth Huguenin: *La coeducación de sexos*. Experiencias y reflexiones 3.00

Fernando Tönnies: *Tomás Hobbes, vida y doctrina* 5.00

A. y J. Schmieder: *Didáctica General* ... 4.50

Ad. Ferrière: *La Educación Constructiva. El Progreso Espiritual* 6.00

Dr. Erich Leschke: *Enfermedes del Metabolismo*. Con un prólogo del Dr. Gregorio Marañón 6.00

Lytton Strachey: *Isabel y Essex*. Historia trágica 5.00

Solicítelas al Admor. del *Rep. Am.*

Estampas

Un sueco taciturno

= Colaboración directa =

Uno de los más grandes capitanes de la industria sueca, Ivar Kreuger, sorprendió al mundo con su suicidio. La sorpresa vino de que moría el hombre que animaba vastas organizaciones industriales y bancarias. Nacieron de su entraña y con un ímpetu fiero de conquista las impuso al mundo. Ató a ellas los grandes y los menudos intereses económicos de una humanidad necesitada del rendimiento y pudo gobernarla sin limitaciones. Formó así un imperio de poder inmenso. Pero cuando las limitaciones le salieron al paso no supo dominarlas. Necesitaba dinero y fué a conseguirlo a Wall Street, el mercado que acumula por billones la moneda. Mas ese mercado que lo había visto crecer y lo había dejado meter en él sus manos colmándoselas de oro no quiso ahora ayudarlo. Ivar Kreuger empezó a sentir entonces que su cerebro sufría el atropello de un sistema nervioso desatado. Huyó de ese mercado norteamericano y al día siguiente de haberse acomodado como gran señor en su residencia de París se disparó el tiro que le vació el corazón.

Ivar Kreuger nació en el torbellino de los negocios, mejor dicho, se incorporó en ese torbellino, pero en medio de una fuerza tan poderosa no parecía estar en el campo propio de su vida. Era un taciturno y los taciturnos no son amados de la banca ni de la industria. Estas actividades necesitan para ostentarse al mundo hombres que resistan la transformación que un poder de estruendo y de rapacidad impone a sus capitanes. Nueva naturaleza surge de los despojos de aquella que el hombre abandona cuando ingresa como unidad de conquista al mundo de la banca y al mundo de la industria. Aparece un tipo nuevo. Imperioso, amigo de mostrarse, despreciativo, enredado en las cosas de las sociedades en donde las aristocracias arden sus fuegos fatuos. La publicidad es la concubina con que se amanceba y da la batalla que le abre el campo para un dominio sin limitaciones Ivan Kreuger fué cogido por el mundo de la banca y de la industria como favorito digno de todos los acatamientos.

Contemos. Empieza su vida dando los frutos del modesto ingeniero que emigra de Suecia a los Estados Unidos. Trabaja sin seleccionar la herramienta, porque precisa vivir en un medio agresivo. Prueba sus capacidades en todas las oportunidades que le llegan. Un día tiene trabajo en Veracruz, México, y va al puerto insalubre y es obrero de una gigantesca obra de ingeniería. Sobrevive a las pestes y vuelve a Suecia con el ánimo de edificar, de hacer grandes construcciones para comodidad de una población que necesita tenerlos. Y construye con saber y provecho, pero no se mueve aún en el campo en donde tenga señorío. Recorre continentes. Suecia de nuevo es el punto terminal de su itinerario.

La Fortuna parece haberlo seguido y hace de él una presa a la cual inflar y dar uno de los cetros que imponen acatamiento. Ivar Kreuger está ahora en el año 1913. La industria de los fósforos anda desunida en Suecia. Los fabricantes no han comprendido que sería fecundo en beneficios un empeño que los reuniera unificando la industria del fósforo. Ivar Kreuger piensa y de su mente sale el plan de genio profundo. Todas las industrias suecas quedan unidas y desde esa época los fósforos que produzca la nación escandinava no tienen otro sello que el de Iván Kreuger, el gran capitán de la industria que conquistara el mundo. La Fortuna hizo buena presa y ahora le alienta para una lucha formidable. El palillo de pino con su cabeza inflamable es el arma que la diosa atormentadora pone en las manos del conquistador. Lo hará rey y tras él peregrinarán los pueblos.

Ivar Kreuger hace florecer rápidamente la industria fosforera. Cuando Europa arruinada y teñida de sangre firma la paz, Suecia se prepara para invadirla con una organización formidable. Los fósforos salen de las fábricas suecas y se apoderan pronto de los mercados europeos. Una que otra nación le hace resistencia, pero el avance es incontenible. Ivar Kreuger ha logrado el primer objetivo de un plan de proporciones inmensas. Su nación lo ha comprendido y lo apoya. Tiene dinero para la empresa. La banca lo ve fuerte y de inteligencia constructiva. Sus bóvedas se abren para que el nuevo capitán de la industria dé sin vacilaciones la batalla.

Por muchos continentes debe viajar el fósforo sueco. Pero precisa más dinero, tanto que la banca sueca no podría darlo sin quedarse exhausta. Ivar Kreuger busca un mercado del oro más poderoso y se sitúa en Estados Unidos. Aquí adivinan al instante que el capitán de la industria que pide alianza para una empresa de tanta capacidad es de los capitanes de genio creador. Le dan los millones de dólares que necesita para hacer que se expansione la industria fosforera. Es ahora una amalgama de dos capitales dispuestos a dominar el mundo. Ivar Kreuger abre un nuevo capítulo de su plan.

Leámoslo: "Vemos países con facilidades de crédito limitadas en horrible necesidad de capital. Y nos decimos: ¿por qué no proveerlos de capital necesario y obtener en cambio un monopolio de fósforo?" La visión de Ivar Kreuger es penetrante. Quiere ser generoso con las naciones, pero no por filantropía internacional. La generosidad será mutua. El les da a las naciones dinero en grandes empréstitos, pero las naciones le aseguran monopolios para el fósforo de la International Match Company. Es una cooperación perfecta, porque la industria del fósforo da trabajo a millares de obreros y asegura impuestos crecidos que sirven a las naciones para pagar los empréstitos dados por la In-

ternational Match Company. No hay riesgo alguno en estos monopolios, porque necesariamente tienen la duración del empréstito. Son más seguros que la hipoteca de las aduanas o el control de los ferrocarriles y nunca serán la pelota de la política. Así razona Ivar Kreuger la defensa de este capítulo de empréstitos y monopolios.

Red formidable la que en 1923 tejió Ivar Kreuger aliando capital sueco y norteamericano. La tendió por muchos continentes y en el fondo de ella quedaron innúmeras naciones. De capitán de la industria pasaba a la dignidad de banquero. Ejercía ahora su obra de expansión por medio de una banca poderosa. Los países se encontraron después de la guerra en apuros económicos desesperados. Todos buscaban dinero. Querían rehacerse, respirar, limpiarse la costra de la guerra. Ivar Kreuger no tenía reposo. Todos los puntos del mundo los recorría llamado por los gobiernos menesterosos. Trataba con ellos y los ataba al monopolio. Francia quiso levantar el franco y acudió a Ivar Kreuger. Sólo que, para garantizar los setenta y cinco milones de dólares que le emprestó no quiso la nación previsora hacerle entrega total del monopolio de los fósforos. Lo limitó y antes del período convenido redimió su renta. Otros pueblos no tuvieron la visión del francés. Ivar Kreuger les dió dinero y se encadenaron a monopolios de veinte y sesenta años. En la América nuestra figuran Guatemala, Ecuador, Perú en la lista de monopolios.

Creció con esplendor la fama de Ivar Kreuger. Las acciones de sus sociedades fueron el manjar sagrado de las bolsas del mundo. Había logrado la organización más ingeniosa y de más fama. La humanidad que ahorra iba tras ella y ciega en la confianza entregaba lo mucho y lo poco. Estaba construído un imperio y sus súbditos veían al amo sereno y cuidadoso.

Ivar Kreuger, el amo, no parecía ser de ese mundo que lo hacía centro de un vasto poder económico e industrial. Era un taciturno. En Suecia era tenido por el hombre más solitario de la nación. Junto al despacho de sus negocios había construído el "Cuarto del Silencio". En su interior se refugiaba y nadie penetraba nunca a perturbarlo. Apartado del bullicio, él, amo de un mundo de estruendo y de agitación. No toleraba la publicidad. En ninguna forma. Una vez la Universidad de Siracusa, Estados Unidos, lo invita a la ceremonia en que se le da un grado de doctor en negocios. Llega solo y sin ser notado. Sale solo y sin que alma alguna lo perciba. Viaja y realiza negocios sorprendentes, pero cuando la publicidad se entera y lo busca, ya él está a cien leguas de la publicidad.

Es su riqueza grande, casi la más grande de Europa. Sin embargo, no cuenta cuánto tiene. Trabaja para dar rendimientos a una organización ramificada por muchos confines del mundo. Lo vemos presa de esa organización. Por ser un taciturno no pertence al plano de agitación a que ha sido elevada. ¿No es la tragedia que hace meditar?

Cuando leímos los relatos que nos han dado estas reflexiones pensamos que Ivar Kreuger al suicidarse en París lo hizo para recobrar la libertad que la Fortuna le había quitado. El hombre es casi siempre el canal que aprovecha un poder grande para mostrarse ante el mundo. Ivar Kreuger fué cogido de pronto por uno de esos poderes, el más extraño a su naturaleza. Durante dos décadas los negocios vuelan y su impulsador no siente limitaciones por ningún lado. Ni siquiera las que pudieran hacerlo desprenderse de su naturaleza concentrada y despreciativa del bullicio. La industria, la finanza internacional lo acogen y para tratar con ellas no es estorbo su taciturnidad. Ivan Kreuger puede pensar que ha salvado su vida de una dualidad empequeñecedora. Sin embargo, aparecen las limitaciones. Las monedas se desvalorizan, las naciones se vuelven morosas y un cambio total contradice los cálculos de los hombre de negocios del mundo. La organización formidable de Ivar Kreuger necesita dinero para no caer en descrédito. El gran capital de la industria cree encontrarlo allí en donde abunda y toca suplicante. No se abre aquella puerta por la cual tantas veces había pasado triunfal. Y vuelve mordido por los nervios a tocar otras puertas menos caudalosas. Es apenas un intento. Su naturaleza real aparece: sofocada y entonces Ivar Kreuger se vacía de un tiro el corazón.

Como motivo de meditación es digna de exaltarse la vida de este sueco taciturno. Refieren de él que un día almorzando en compañía de dos amigos suyos norteamericanos, escuchó el pesar que les causaba la ida de la primavera. No habían podido ver las lindas rosas de Suecia en aquella primavera. Horas después sentábanse a la mesa de Ivar Kreuger y no había campo del comedor donde no florecieran lindas rosas de Suecia. El capitán de la industria, el hombre de la finanza internacional sentía como los visitantes norteamericanos amor grande por las flores. Recorrió los invernaderos de Estokolmo y trasplantó un rosal a su casa de solitario

Juan del Camino

Cartago y abril del 32.

Humo gris

= Envío del autor =

Rojas como áscuas las nubes
acusan la presencia
de fogatas enormes
que están destruyendo a picotazos
las entrañas de la tierra.

La ciudad, aletargada,
envuelta en una niebla gris,
es un chinesco fumadero
de bar...

Bochorno de la tarde;
muertas las aves en los ríos;
las campesinas, sudorosas,
regresan de la fuente
sangrantes las mejillas;
y las grandes hogueras encendidas,
como buitres hambrientos,
se están comiendo a picotazos
el corazón azul de la montaña.

Gonzalo Dobles

Costa Rica, 1932.

Goethe, genial aprendiz

= De *Crisol*. Madrid =

Una mañana, el héroe de "Los años de aprendizaje de Guillermo "Meister" (1) se ve sorprendido con la noticia de que aun no conocía el mundo. Se la da un jardinero que, al referir con toda sencillez las propiedades y usos de algunas plantas, le hace comprender —sin palabras—que lo verdaderamente magnífico de la tierra no siempre suele ser percibido por quienes antes debieran percibirlo, por los poetas—y aquí se entiende por poetas a los que suelen de ordinario expresarse en verso.— Las bellezas del mundo pasan inadvertidas por ellos, quedan poco menos que intactas. Suelen no ver nunca lo que tienen delante, atentos sólo a su pequeño mundo retórico—a veces de una positiva riqueza imaginística—que aplican al tema que les sale al paso como quien aplica cierto precioso tul sobre una cara desconocida.

(¿Por qué muchos de nuestros poetas tendrán tan mal desarrollado el lóbulo de la curiosidad, supuesta la existencia de ese lóbulo? Tienen ojos y no ven; o se contentan con verse—hasta la hartura y el tedio—su propio ombligo. Mientras los hombres de ciencia cada día encuentran nuevo el mundo y se dedican, en efecto, a descubrirlo cada día con la fatiga que supone llegar a la senectud en pleno aprendizaje, cualquier poeta que ha sabido fraguar un lindo choque de palabras pasea su frente "magistral" por el mundo que no conoce, y nos habla de "su mundo", un orbe diminuto donde flotan media docena de aquellos tules con los que suelen encubrir la ignorancia del verdadero manantial).

Si el escritor no sabe hallar en los hombres y en las cosas ese resorte por quien la flor de todo se abre y la belleza esencial se desnuda ante el lector u espectador, preferimos al botánico, al astrónomo, al jardinero, que al menos conocen bellezas adjetivas, procesos vitales, preciosos anecdotarios; preferimos a los modestos aprendices de lo que nuestros hombres decimonónicos llamaban "gran fábrica del Universo", del taller inagotable que tanta fatiga y deleite sabe producir. "Guillermo veía la Naturaleza—dice Goethe—a través de un nuevo órgano, y la curiosidad, el afán de saber del niño hiciéronle comprender por vez primera qué débil interés había tomado por las cosas exteriores y lo poco que conocía y sabía de ellas. En aquel día, el más alegre de su vida, pareció comenzar también su propia educación; sentía la necesidad de instruirse al ser llamado a enseñar". Maestro y discípulo al mismo tiempo. He aquí la vida entera de Guillermo y de Goethe.

Porque este amor a las cosas exteriores, esta infatigable curiosidad por llegar a las entrañas del mundo, es lo que caracterizaba al héroe de "Los años de aprendizaje" y a su autor. Otro día entregan a Guillermo su "cartilla". Y la cartilla—¡tan famosa!—dice así:

"El arte es largo, la vida breve, el juicio difícil, la ocasión fugitiva. Hacer es fácil, pensar difícil; hacer según lo pensado es penoso. Todo principio es grato. El umbral es el puesto de la esperanza. El mozo se asombra, la impresión le determina, aprende jugando, lo serio le sorprende. La imitación es natural en nosotros; lo que hay que imitar no es fácil de conocer. Rara vez es hallado lo excelente, mas rara vez apreciado. La altura nos atrae, no los grados para llegar a ella; con los ojos en la cumbre recorremos gustosos la llanura. Sólo una parte del arte puede ser aprendida, pero el artista necesita del arte todo entero. Quien lo conoce a medias está siempre perdido y habla mucho; quien lo posee por completo, actúa y habla pocas veces o nunca. Los primeros no tienen secretos ni fuerza; su doctrina es como el pan cocido, sabroso y nutritivo para un día; pero no se puede sembrar la harina, y la simiente no debe ser molida. Las palabras son buenas, pero no son lo mejor. Lo mejor no se explica con las palabras El espíritu que nos hace actuar es el más alto. La acción sólo es comprendida y reproducida por el espíritu. Nadie sabe lo que hace cuando procede rectamente, pero siempre tenemos conciencia de lo indebido. El que no actúa más que por medio de signos es un pedante, un hipócrita o un chapucero. Hay muchos de éstos y se entienden bien unos con otros.

(Pasa a la página 191)

(1) J. Wolfgang Goethe: «Los años de aprendizaje de Guillermo Meister». Traducción de R. M. Tenreiro. Tomo II, 344 páginas, 2 pesetas. Tomo III, 296 páginas. 1.50 pesetas. Colección Universal de Espasa-Calpes, S. A. Madrid, 1931. La misma Editorial ha publicado de Goethe: «Memorias de mi vida» (tres tomos), «Afinidades electivas» (dos tomos), «La campaña de Francia» (dos tomos), «Egmont» (un tomo), «Clavijo», etc.

Detalle del retrato de Goethe en la Campagna Romana.
Cuadro de *J. H. W. Tischbein*

Goethe

= *Envío del autor* =

Para *Repertorio Americano*
y a Joaquín García Monge.

1

El más humano de todos los hombres. El más perfecto ejemplar de humanidad. Ha envejecido el juicio, pero—irónica paradoja—su sentido último se conserva casi siempre intacto cuando no lo sorprende por intuición el genio napoleónico en la famosa entrevista de Weimar.

Goethe es, por excelencia, el hombre que se realiza por la Pasión.

Mas entendámoslo: Pasión no es simplemente erotismo, ansiedad de amar la estructura carnal, la firme gracia de suaves rostros y finos cuerpos femeninos. Pasión es amar la vida en todas sus manifestaciones, en todas sus formas, en todas sus posibilidades. Así, el mundo goethiano se realiza en el mosaico del equilibrio físico, de la naturaleza exterior, del embrujo amoroso, de la llama pensante, de la infinita ansiedad.

Maravillosa expresión del entusiasta estético, toma del lienzo luminoso de la infancia las primeras emociones sensibles: colores, formas, líneas, matices, acentos musicales. El mundo es agradable, conmovedora la viva belleza plástica de las masas; y en los versos sentimentales que fragua después la adolescencia inquieta, salta el decorador, el artífice, precoz observador que traza con claros rasgos la pintura rica en matices de una primera etapa en nobles y diáfanas sensaciones nutrida.

No satisface al investigador la contemplación de la belleza exterior. Invade las zonas de la experiencia vital: escudriña, ausculta, medita, arranca principios a la naturaleza y extrae sentidos preciosos a las más íntimas raíces del complejo humano.

Más tarde serán su poderosa fuerza de intuición, su asombrosa capacidad asimilativa, el alma líquida de toda la filosofía contemporánea—concepto fáustico en Spengler—afirmándose enérgicamente en determinadas doctrinas, incidiendo ocasionalmente en otras, siempre con la limpia densidad de lo verdadero que reside, en último término, en la naturaleza, "revelación de lo divino".

2

Goethe ama la vida. Todas las formas de la vida. Las ama y las acepta por el entusiasmo, para captarlas después por la intensidad emocional.

Es necesario observar. Es necesario también vivir. El pensador medita mientras el hombre vive. Admirable dualidad, problema de todos los tiempos tan armoniosamente realizado en el creador del "Werther". Sócrates y Don Juan; alta sabiduría.

Toda partida es el impulso romántico. Toda conclusión, toda realización acabada, es, en Goethe, medida de lo clásico. Sorprendente virtud donde se alían los más extraños juegos del alma para

(Pasa a la página 191)

Juan Montalvo y yo en París

= *Envío del autor.* En el primer centenario del nacimiento de Montalvo: *13 de Abril de 1932.* =

Cielo de mirada llorosa. El otoño moteaba el aire con sus plumillas de nieve. Don Juan sacudía de vez en cuando su negro vestido o se destocaba gallardamente del sombrero de copa y hacía volar a capirotazos los copos constelados. Torcimos por la calle de San Honorato y entramos en casa de Voisin, escoltada de espejos y relumbrante de cristalería. Luego, sentados ante una mesa cubierta de mantel albísimo, mi señor don Juan sorbió una media docena de ostras y dió cuenta de una chuleta de cordero, truchas y legumbres verdes.

—¿Truchas, maestro?—le pregunté un poco asombrado.

—Y de las buenas, que son gloria del paladar,—me contestó.

—Por ahí me dijeron que era usted muy sobrio.

—¿Quién lo duda? Se puede comer hígado de ganso o uvas tesalianas, como Platón, sobriamente. Hay que huir de la hartura que hace morir esa gran maravilla que es el deseo. Y ahora venga un camembert "maduro".

El vino ahí se quedó intocado, porque tanto el maestro como yo preferíamos las libaciones de agua, que nos traían la memoria de nuestra meseta andina. (¡Agua del Ambato con gusto de durazno y agua de mi Machángara natal con olor a hierba nueva!) De sobremesa, solo unos minutos, porque don Juan quería caminar un poco, a pesar de que el film inmaculado de la nieve pasaba de cielo a tierra sin descanso. En sus viajes por Alemania e Inglaterra, el maestro se había acostumbrado ya a la caricia refrescante de los volanderos copos, y la estación no hacía mella en su ánimo. Cubrió nuevamente los negros anillos de su pelo con la romántica chistera, le ayudé a ponerse su abrigo señorial y salimos por esas calles. Andando, la noción del tiempo huyó de nuestra mente y París se nos ofreció a la vista en una sucesión interminable de mágicas estampas. Nos metimos por entre los tilos canos del Luxemburgo y meditamos ante la fuente de Médicis y nos vimos rodeados de blancas estatuas y escuchamos entre las hojas misteriosos suspiros. De pronto cesó de caer la nieve y el sol resplandeció en un bloque de nubes como una pepa de oro en el cuarzo.

—Mire,—le dije señalando las vidrieras del palacio, lavadas por la luz.

—Se diría que están "como embebidas de ópalo", me respondió don Juan.

Del Luxemburgo dimos un salto a los Grandes Boulevares, cauce de una activa multitud. Hombres borrosos y mujeres elegantes y hermosísimas pasaban a nuestra vera. Don Juan dejó escapar un suspiro. ¿Flora, Laida von Krelin, Lucrecia, Catalina, Aifosa? ¿Cuál de estas amables sombras hacía gemir ese corazón bajo su planta? Yo no quise preguntarle nada a fuer de discreto, aunque sabía algo de sus cuitas de amor y de su felicidad y tortura de padre que no quería dejar a su hijo en tierra francesa.

Seguimos por el Boulevard de la Madelaine y pasamos por la Opera. (Me acuerdo todavía de mi emocionada visita a la oficina de los **Grandes Journeaux Latins-Americaines** a donde fuí a ver al poeta César Vallejo). La fachada del edificio de la Opera nos cerró el paso con su mole inmensa.

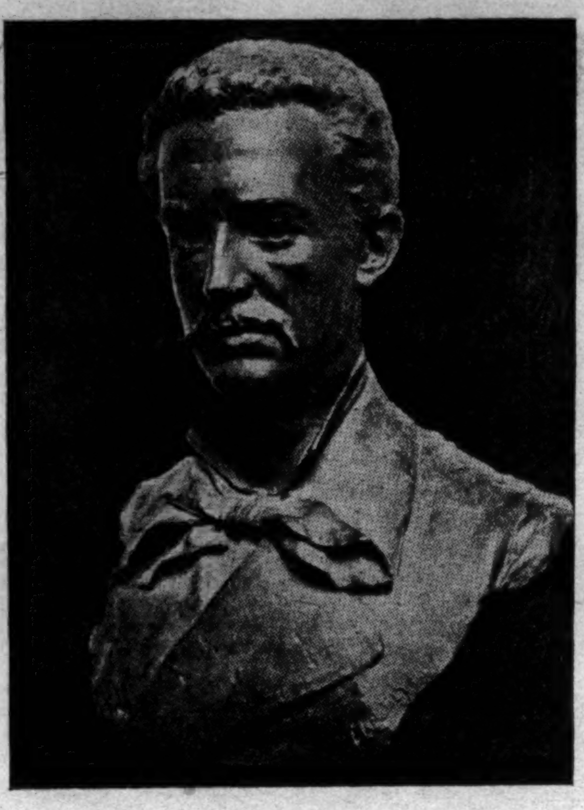
—Aquí conocí a Doña Eugenia, Emperatriz de Francia,—dijo don Juan Montalvo.

Boulevard de las Hijas del Calvario. Jardín de Aclimatación. Puerta de Neuilly. He aquí la vieja encina en cuya corteza, en otro tiempo, los enamorados grababan nombres y fechas. Dulce alameda de la Puerta Maillot donde las hojas en tropel van prendidas a la clámide resonante del viento. Entre los árboles, el lago de las patinadoras. El maestro vió allí en otra estación a las muchachas de París, calzadas de alados patines, describir figuras geométricas sobre la página cándida de la nieve.

Un silencio manso caía de los árboles y se iba entrando por los canales del alma, como un mar de lágrimas más secretas, amenazando hacer naufragar el corazón, la vida misma. En ese trance me tocó a mí la de suspirar y don Juan, mirándome a los ojos, dijo:—"La nostalgia es una horrible enfermedad y a ella están sujetos principalmente los hijos de las montañas". Tu pena es la mía, hijo. Años lejos de la patria, por no ver la ruindad, el estado lastimoso a que la han llevado los malos gobiernos. El destierro voluntario, antes que dejar que se contamine el alma de esa peste de vileza que se ha enseñoreado del Ecuador. Ellos, los irredentos, lanzarán su vaho de insultos sobre nuestra palabra, espejo de verdad, y tratarán en vano de echar polvo de olvido sobre nosotros. Al fin, nuestras estocadas de luz acabarán con la tiniebla. Espera y confía que yo también supe confiar y esperar. Borrero, Veintemilla, García Moreno, el obispo Ordóñez, eran enemigos poderosos, pero a la postre los hice entrar a empellones en la Historia con una marca de fuego en la frente. Yo tuve mi "noche del huerto de los olivos" en Ipiales, las estaciones de mi calvario fueron los puertos y ciudades de Europa; mas me considero feliz con haber merecido una sonrisa de la patria.

Le escuchaba en silencio, caminando a su lado. Parecía crecer hasta los tejados su excelsa estatura. Su voz me venía como del cielo y sus ojos negros me guiaban con un resplandor de eternidad.

La noche iba entrando y apenas entrevimos, al pasar, entre sombras



Juan Montalvo
Bronce de *Michelet*

Las niñas del examen

= Tomado de *El Pichincha.* Quito, 1895 =

El que gusta de contemplar las estrellas en el silencio de la noche, gusta asimismo de cultivar la amistad y el afecto de los niños. Alguna conexión secreta existe entre esos ángeles visibles del firmamento y los ángeles tangibles de la tierra; entre esos niños de la bóveda celeste y los niños de nuestro rápido planeta. Si nos fuera dable apoderarnos de una estrella, así, resplandeciente, inquieta, alegre, la llevaríamos a los labios, haríamos mil extremos, dichosos de poseer una joya de las de ese rico que tiene el universo lleno de prendas maravillosas. En cuanto a mí, eso me da pasar media noche en una oscura soledad colgada de las siete cabrillas, las más hermosas de las constelaciones, o viendo y oyendo a un grupo de niñas en los tempetuosos desahogos de su alegría. Entre las tonteras de que ha llenado sus libelos el poetastro que hoy está haciendo el muerto, de miedo del azote, se halla el decir que yo causo un terror misterioso a los niños, quienes huyen de mí dando alaridos. El amor no infunde terror: solamente Jesús habrá querido más que yo a estos rapazuelos, que ignorantes de la vida, cultivan sin saberlo la inocencia. Venid a mí los párvulos, dice el Señor. Ese pequeñuelo gordo, blanco, rubio, crespo, de ojos grandes y límpidos, que anda todavía con la gruesa pantorrilla al aire, ése es a quien llama Jesús. Esa muchachita de rostro ovalado, cuyos labios están ardiendo como dos piropos encendidos; cuyas mejillas echan llamas donde acuden a calentarse los serafines invisibles; cuyos ojos son espejos donde se mira Dios cuando quiere ser chiquito; esa criatura que impone la ley del amor con la belleza, el donaire, la gracia, ésa es la que llega a Jesús y se sienta en sus rodillas.

Acuérdome que en una de mis vueltas al lugar de mi destierro, no sabía yo donde poner los regalos de los pobrecitos que iban viniendo unos tras otros, a cual más gordiflón, a cual más rubicundo. Uno me alarga la mano con un huevo; otro saca de la faltriquera un tauso; ésta trae una ollita de leche, ésa abre el pañuelo preñado de biscochuelos; y una mesticica de cuatro años echa del seno un pollito que aturde con su pío pío. Cuando me pongo a revolver papeles antiguos, a cada paso doy con planas dedicadas al Cosmopolita, con muestras

(Pasa a la página siguiente)

azules, la Puerta Delfina y el Arco de la Estrella, plantado como un gigantesco imán hacia el cual se precipitaban en ríos presurosos hombres y vehículos.

—La lección que quiero darte, prosiguió el maestro, es una lección de soledad, de constancia, de rectitud moral y fidelidad a las ideas. De rebeldía y resistencia al sufrimiento. La soledad en sus mágicas retortas sublima nuestro dolor, en sus alambiques destila nuestro concepto del mundo y engrandece nuestro espíritu con su maravillosa alquimia. Te aconsejo el trato de la soledad porque ella hará madurar tu inteligencia y te señalará los ocultos senderos interiores, mientras llega la hora de la acción.

—Está bien,—le contesté.—Soledad, ilustración, rebeldía, rectitud... Y el genio, mi señor don Juan, y el genio?

Miré hacia mi derecha y no ví sino la noche donde se había fundido su negra vestidura. Una puerta sonó en la sombra. Las casas, en doble hilera, con los fusiles de sus chimeneas, iban a prender a un reverbero lejano. Me encontraba en la calle Legelbach, paradero de don Juan Montalvo durante su estada en París.

Todo esto había sido visto con los ojos de la mente, al terminar la lectura del **Espectador** montalvino. La sugestión que la obra del grande hombre ejerce sobre nuestro espíritu es inmensa. Nos auxilia y nos conforta. Fué Montalvo ciudadano del mundo, "a caballo sobre la geografía", como dice Alfonso Reyes hablando de Groussac. Hombre libre, amigo de todos los hombres libres de la tierra, ejercitó sus limpias armas en defensa de generosos ideales humanos. Mente audaz y elevada, se propuso igualar y poner segundas partes a las obras maestras de la literatura universal: **el Quijote, Childe Harold, Don Juan Tenorio.** Viajero cosmopolita, vió todo lo que había que ver con ojos antiguos y la mente lastrada de Historia. Conoció Francia, Alemania, España, Italia, Inglaterra y Grecia y purificó su espíritu en las aguas de las culturas pasadas y presentes.

Juan Montalvo llegó a Europa en la época del duelo de espada y en los comienzos de la lucha de clases. Postrimerías del romanticismo. Chistera y suicidio de amor a lo Larra. En la plaza de la Concordia fué casi atropellado el hombre libre, por el caballo de un guardia, en el curso de una manifestación popular. De ese episodio guardó siempre una imagen coloreada de violencia. Tenía gustos aristocráticos y era, dicen sus contemporáneos, presumido en el vestir. No conoció el reverso de Europa, la fisonomía pobre de Europa desde un vagón de tercera clase. No realizó trabajos manuales por el pan de cada día, como lo hemos hecho quienes vivimos en medio del proletariado. Fué un hombre contemplativo, la flor de nuestra clase media, que no tuvo que remar en la dura galera del trabajo y que tenía, eso sí, un gran amor a los humildes. Su alerta y su grito en defensa de los indios todavía no encuentran eco de igual magnitud en nuestro rapado e infeliz agro. Una chispa indígena había en su manera de escribir: el gusto del **primor,** el **amor de lo ornamental. Sin embargo,** por su prosa, es el primer escritor español del siglo XIX. A Larra y a Juan Valera —con quienes se le puede comparar— les supera en conocimiento de las humanidades clásicas y en laicismo.

"Siento nostalgias de mitimae" escribió una vez don Juan Montalvo en el destierro. Y ese mismo sentimiento de aborigen arrancado del suelo natal, es el que me aprieta ahora la garganta, mientras ordeno estas líneas sobre el papel, cerca de esta ventana por donde se ve un cielo gris, horadado de chimeneas, y una muchedumbre de casas agrupadas sin la gracia de esos puñados de casucas sencillas que se encuentran por toda la anchura de nuestra Sierra, en medio de vastas extensiones incultas que aguardan la cirujía heroica de la esteva para dar a luz.

Barcelona, 1932.

Jorge Carrera Andrade

LAS NIÑAS DEL EXAMEN

(Viene de la página anterior)

de caligrafía, dibujos mal hechos, y graciosas travesuras de niñas que hoy son la flor y nata de las señoritas y señoras de mi pueblo. Iba a decir mi villa; pero será mejor decir ciudad, ahora que está a un paso de ser como Versalles. No hay para que nombrar aquí a las dianas infantiles que en junta de mi sobrinita Lucila han dado hartas carreras por mi cuarto y me han volteado no pocos tinteros. Hoy son otras mis amigas: hoy es una Merceditas Quirola, muchacha la más linda que uno puede imaginar. Si el arcángel Gabriel tomara forma humana cuando el Todopoderoso le envía con sus embajadas a la tierra, esa carita tomara, no me cabe duda. Pues ésta es la del examen, ésta la de la repetición. Me la pidió con ojos tan llenos de lágrimas y boca tan cargada de sonrisas, que hubiera sido herejía negarle tan poca cosa. Aprendióla con facilidad, y con gentil desenvoltura la pronunció de esta manera:

De agua, señores, necesita el árbol,
El aire es su alimento: necesita
La planta luz para crecer hermosa,
para dar fruto: sin calor no hay vida.

Y las flores que son si por acaso
Nacieron a la sombra? La propicia,
La necesaria protección les falta
Del sol, y muertas vivirán un día.

Capullos sin olor, plantas sin fuerza,
Pero con esperanza son las niñas:
Que el sol les falte, crecen tarde y poco;
Que les falte la luz, mueren de prisa.

La educación, señores, será el agua,
La humedad bienhechora con que activa
El alma crezca, y floreciendo en grande
Produzca las virtudes y a Dios sirva.

Benéficas lecciones, ejemplares
De ésos que el tierno corazón animan
Y al bien le predisponen, son el puro
Calor con que el buen maestro nos abriga.

De las cosas de Dios, de las humanas
Tener conocimiento, dar noticia
De este misterio universal que forma
La creación le convendrá a la niña.

No estudiar, no aprender, no saber nada
Es vivir a la sombra, estar marchita:
Vive y no vive la ignorancia y muere
Sin el contacto de la luz divina.

No os dije ya que la mujer es planta
En esta edad en que la llaman niña?
Vosotros los mayores, si os importa
Vuestro deber, cuidad estas plantitas.

El corazón de las niñas es una sustancia delicada, fina, celestial; en ella se imprimen fácilmente las virtudes: la educación es la maga bienhechora de cuyo palacio encantado salen buenas hijas, esposas fieles, madres apasionadas.

Maclovia Herbas es un conjunto de gracia, rubor y animación tal, que en viéndole, todo es simpatía. Pues digamos que le faltan valor y donaire para repetir su discurso. Pronúncialo como si ella lo estuviera improvisando, y siente, y pone en relieve los principios que ha prestado a sus labios el hereje abominable, que así tiene por costumbre corromper la sociedad humana. Oídla sino.

Señores:

Dicen que los hombres dan las leyes, y las mujeres forman las costumbres. Por donde se puede ver cuánta y cuán grande es la parte que el sexo femenino tiene en la conservación y el adelanto de las humanas sociedades. Si las mujeres forman las costumbres, preciso es que sepan formarlas; y para formarlas buenas, la sabiduría de la virtud es indispensable. Hay una virtud natural que practican hasta los pueblos bárbaros, y una virtud que dimana del estudio y el conocimiento de las cosas. La distinción del bien y el mal, de lo justo y lo injusto, con ciertas irregularidades, es común a todos los hombres, bien así a esos que con el título de civilizados componen las grandes naciones de las cuales tomamos ejemplo, como los que viven encerrados en la profundidad de las selvas, luchando sin saberlo con esa negra opresora que llamamos ignorancia. Los deberes para con los padres, con los hijos; la fidelidad de la esposa; el respeto inaveriguado y profundo por la causa cuyos efectos llenan el espíritu y los sentidos del género humano, éstas y otras son virtudes en las cuales tuviéramos mucho que aprender de los salvajes los que presumimos de civilizados o lo somos verdaderamente. Pero este noble y continuo esfuerzo que nosotros hacemos por conocer lo desconocido, perfeccionar lo imperfecto, reducir a un blando yugo a la bravía naturaleza; estos vuelos sublimes de las almas delicadas hacia Dios; estas investigaciones de los filósofos, estos descubrimientos de los sabios, estas maravillas de los artistas, en medio de los cuales el mundo va girando envuelto en llamas saludables; este conjunto, decimos, sorprendente y grandioso de cosas físicas y morales que constituyen la civilización, abriga en su seno muchas virtudes adquiridas con voluntad y trabajo por los pueblos que van buscando a Dios por las respetables oscuridades de la sabiduría.

Las costumbres, señores, las buenas costumbres, son la sabiduría práctica del mundo: un pueblo sabio y corrompido valdría menos, sin duda, que un ignorante y virtuoso, si lo hubiese. Mas por dicha viene a suceder que la ignorancia y la virtud son promesas encontradas, de cuya mutua ojeriza provienen hartas malas obras; y por esto hemos dicho antes que los civilizados sabían y practicaban cosas grandes que les acercaban a la Divinidad. ¿Qué harían los hombres con sus leyes, si no tuviesen quienes les formasen las costumbres? Nosotros tenemos cuenta con las buenas; y ojalá no hubiera

desventuradas que nos hicieran traición dándose la mano con los que tiran a dañar nuestra santa obra. Buenas costumbres no podemos formar sin buenos conocimientos: conocimiento de la divina sustancia explicada por la religión; conocimiento de la naturaleza; conocimiento de nuestros deberes y nuestros derechos; conocimiento de los males y sus remedios; las desdichas y sus alivios, las pesadumbres y sus consuelos; conocimiento de todo, todo según el caudal de nuestra inteligencia, que no suele salir de cierta órbita, en la cual está girando iluminada por la imaginación, animada por el amor, sin llegar nunca, o casi nunca, a esa fuerte, orgullosa sabiduría que alcanzan los varones que nacieron para ella. No aspiremos a competir con ellos; pero si hagamos lo posible por merecer su estima. Dejémosles sus ciencias, sus leyes, su política; nuestro encargo es mejor, más amable: nosotras, cultivemos las virtudes.

Juan Montalvo

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.

De Ofelia Rodríguez Acosta (Calle 6 entre 25 y 27, Vedado. Habana, Cuba):

Dolientes. Novela. Editorial HERMES, La Habana, 1931.

Una editorial española que nos estima, que sigue remitiéndonos sus ediciones útiles: Editorial APOLO. Flores, 16. Barcelona.

En estos días ha sacado y nos la ha remitido, esta obra:

La vida de Saint-Just, por Emanuel Aegerter. Traducción de Justo Cabot.

La misma editorial ha publicado otras obras interesantes:

Mi amigo Robespierre, por Henri Beraude.
Danton (vida novelada), por Jacques Roujon.
La patética vida de Dostoyevsky, por André Levinson.

Cortesía del autor:

Rómulo Nano Lottero (21 de Setiembre 2872. Montevideo, Uruguay): ***Palabras para América.*** El caso Vasconcelos, Cartas americanas. Uruguay. 1931.
Acrobacias. Con una carta de Manuel Núñez Regueiro. Uruguay. 1931.

Trasladamos:

P.—¿Qué libro podría informar clara y extensamente sobre la teoría de la circulación monetaria?

R.—«A treatise of money», del profesor Keynes, que puede obtenerse en las buenas librerías internacionales, y creemos que acabará de traducirse en breve al castellano. También es recomendable la obra «Money, catchins, profits», de Foster.

P.—¿Qué obra trata con extensión de cotizaciones y cálculos de cambio?

R.—«Teoría y práctica de las operaciones financieras», de Alfredo Barriol, Biblioteca de Cultura Económica («El consultor bibliográfico», Barcelona).

P.—¿En qué libros pueden estudiarse los problemas monetarios actuales, con datos sobre el patrón oro, demás sistemas, política de cambio, etc.?

R.—En los que se citan en las dos consultas que anteceden, y además, entre otros que ahora con gran frecuencia van publicándose, en los que siguen: «Cálculo mercantil», de Escolar y Angulo; «Vademécum de cálculos mercantiles», de L. Víctor Paret; «Monetary reform», del Profesor Keynes; «Traité de Economie Politique», de G. Cassel, 1929; «Potswar monetary». Universidad de Columbia (Estados Unidos); «La monnaie et le change aprés 1914», Paris, Marcel Grand, 1923; «Economía monetaria», de Pérez Requeijo; «La monnaie et la théorie de l'echange», de Stanley Jevons. En las librerías de primer orden de Madrid (las obras extranjeras, en las internacionales).

(De *Luz*, Madrid)

La benemérita ESPASA-CALPE, sigue favoreciéndonos con sus envíos. En estos días hemos recibido:

Goethe y el problema de la educación individual. Por Rudolf Lehmann.
En la notable serie CIENCIA Y EDUCACIÓN. Sección de educadores.

Copiamos:

«Las grandes figuras del pensamiento y la acción no aparecen, por lo general, debidamente enjuiciadas hasta que el trascurso del tiempo ofrece, con la debida depuración, el verdadero valor de la obra personal, su sentido concordante con la época. Así puede observarse cómo han variado fundamentalmente no pocas de ellas famosas a lo largo de las sucesivas corrientes críticas, y según se sucedieron los gustos y aficiones de las masas, con la evolución de las ideas.

El caso de Goethe es uno de los que prueban esa afirmación, pues puede decirse que hasta hace poco no se ha visto palpablemente el valor que su obra literario-filosófica encarna en el adoctrinamiento pedagógico, o sea en la ciencia educativa. Acaso la ingente proporción con que esa labor destaca en el panorama de la cultura europea que marcó el comienzo de la era contemporánea, ofreciera a los críticos cierta dificultad para humanizar aquélla, polarizándola en planos concretos de eficaz valor social.

Nos encontramos precisamente en el año en que el mundo culto conmemorará el primer centenario de la muerte de aquel coloso, de aquel verdadero semidiós que constituye, tal vez, la figura del mundo moderno en que se dió mayor y más admirable caso de armonía, de cohesión del intelecto y el sentimiento, de la capacidad creadora o genio, y la serenidad comprensiva de las supremas directrices de la vida. Tal circunstancia, propicia al estudio en el libro y a la glosa en el trabajo de prensa de la existencia insigne, contribuirá, pues, a ampliar los círculos en que se deja sentir la influencia positiva del inmortal escritor alemán.

Acaba de publicarse en la amplia y excelente biblioteca pedagógica—CIENCIA Y EDUCACIÓN («Sección de Educadores»)—una magnífica obra que, a buen seguro, constituye estudio de los más interesantes que pueden consagrarse al mismo, en este momento exaltador. Trátase de ***Goethe y el Problema de la Educación Individual,*** por Rudolf Lehmann, traducido del alemán por José Ontañón, en cuyas páginas su autor, destacado pedagogo alemán, profundiza con admirable dominio, dentro de la limitación del volumen, en el aspecto del inmortal genio que denota el título de la obra. El trabajo de Lehmann es de un amplio sentido exegético, con el cual puede decirse que se depura el valor universal del pensador de Weimar, llegando, por graduación deductiva, a la más concreta síntesis de los factores pedagógicos latentes en sus obras y, principalmente, en ***Guillermo Meister*** ese libro excepcional que goza de la máxima categoría de la fama, comparable al ***Quijote*** hispánico.

La persona de Goethe. Las nuevas ideas acerca del universo y de la vida. El problema de la formación individual. Desarrollo y educación. ***Los años de aprendizaje de Guillermo Meister.*** El camino de la formación individual. El fin de la formación individual. Individuo y comunidad. ***Los años de viaje*** y la Provincia pedagógica. Individuo y Ley y Personalidad y rendimiento: este es el interesante índice que ofrece el libro, en el cual se resume su enjuicioso contenido, de positiva utilidad para pedagogos y educadores.

Volumen de 180 páginas. Precio: 5 pesetas ejemplar. ESPASA-CALPE, S. A. Apartado 547. Madrid.

También de ESPASA-CALPE:

Ernesto Schneider: ***El Psicoanálisis y la Pedagogía.***
De la serie CIENCIA Y EDUCACIÓN. Sección contemporánea.

Trasladamos:

Con el título ***El Psicoanálisis y la Pedagogía,*** acaba de aparecer un nuevo e interesante volumen de la sección contemporánea de «Ciencia y Educación», la gran biblioteca pedagógica que publica ESPASA-CALPE, S. A., consagrado a iniciar a maestros y educadores en ese nuevo aspecto de las ciencias aplicadas a la preparación espiritual del niño, que cada día adquiere mayor importancia, como consecuencia del avance discursivo que logran sus cultivadores.

Integra este libro un resumen de conferencias dadas por su autor, eminente profesor alemán, en la Universidad de Jena, habiendo después adaptado su texto para presentarlo como ponencia a debatir en la Sociedad de Amigos de la Pedagogía Científica. Fué discutido durante la Asamblea general que ésta celebró en 1931.

El Psicoanálisis y la Pedagogía constituye una excelente guía para iniciarse en el estudio del psicoanálisis aplicado a la escuela, o sea una verdadera introducción a tal disciplina, llamada, sin duda alguna, a reportar muchos beneficios en la tarea educadora de las nuevas generaciones. Ya va siendo bien sabido el trascendental significado psico-analítico, que nació de la investigación médica y hubo de adquirir su máximo desarrollo merced a la labor del sabio profesor Freud. Mas, a pesar de ello, hay países que aún no dan al mismo la importancia debida, como sería divulgar su sentido y posibilidades, e irlo aplicando, paulatina pero constantemente, a la labor pedagógica activa.

Schneider presta, pues, un señalado servicio a la cultura pedagógica con este que podría denominarse su manual psicoanalíco, en el cual ofrece, con admirable síntesis, esas directrices cardinales de forzoso conocimiento para todo cultor de la pedagogía moderna, directrices que tanto hacen cambiar el concepto de la misma que hoy debe tenerse. Tras un breve prólogo, en el que explica el origen de su trabajo, afronta la introducción histórica del psicoanálisis, indispensable de conocer a todo profano, por la cual no sólo se vislumbra su alcance, sino que se despierta la simpatía del lector hacia tal linaje de conocimientos. Después, partiendo de las que él llama diez situaciones pedagógicas difíciles, analiza su origen y consecuencias, como tipos primarios o «casos» de Psicoanálisis. A continuación hace un estudio del organismo psíquico, capítulo éste de suma enjundia cultural; prosigue con la explanación del campo de validez del Psicoanálisis en la Pedagogía, para terminar con la nota de obras psicoanalíticas para maestros. Esta reseña bibliográfica de libros sobre la materia es en extremo útil, pues encarna una excelente gradación de los mismos, comenzando por los de iniciación, siguiendo con los fundamentales y terminando con los especiales e históricos.

El Psicoanálisis y la Pedagogía ha sido traducido del alemán—excelentemente—por José Salgado. Volumen de 140 páginas. Precio: 4 pesetas ejemplar. ESPASA-CALPE, S. A. Apartado 547, Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Correspondencia

DE JUAN MARINELLO A JUAN DEL CAMINO

La Habana, 7 de marzo de 1932.

Señor Juan del Camino.
Costa Rica.

Muy distinguido compañero:

Su comentario cordialísimo a mi **Carta de fin de año** me lleva a escribirle, más que para agraceder hondamente—como agradezco—su interés por mi persona, para anudar de modo directo un viejo conocimiento. Para mostrarle, además, mi estimación por su obra de activo y útil americanismo. Muy pocos escritores nuestros pueden ofrecer un ejemplo más acabado de amoroso desvelo por nuestros intereses continentales que Ud. Un gesto gallardo, una postura momentáneamente riesgosa, un consejo oportuno, son cosas relativamente frecuentes en nuestra gente letrada. Una ahincada y permanente preocupación es ya cosa extraordinaria. Extraordinario debe ser el aplauso.

Somos ahora los cubanos los que le debemos gratitud. Cuanto ha dicho usted en su artículo del **Repertorio** es absolutamente cierto. Como pinta usted a Cuba es la Cuba de ahora. Sí. Nuestra venezolanización es perfecta. (¿No sabe usted que un venezolano, Alejandro Rivas Vásquez, es el consejero presidencial en lo que toca a represiones ilegales, a tortuosos y crueles medios de coacción?) Al asesinato de Alpízar han seguido otros. Ahora ha tocado a Camagüey ser escenario de hechos horrendos. Las muchachas del Directorio Estudiantil Universitario han sido presas sin miramiento alguno, incomunicadas, vejadas, deportadas a Isla de Pinos, donde ahora están en una cárcel de hombres. Más de diez días han estado algunas seriamente enfermas sin asistencia facultativa, durante tres días se ha ocultado a sus familiares el establecimiento en que se les tenía recluídas. Hoy, al mes de presas, no han podido recibir visita alguna y ni aun escribir se les permite.

Pero algo más grave ha acontecido: violando todas las normas constitucionales ha sido puesta en vigor una ley que entrega la vida de los ciudadanos a las Comisiones militares designadas por Machado. La aprobación de esa ley es, sin duda, uno de los hechos más escandalosamente violentos y abominables que ha presenciado Hispanoamérica, teatro de tanta monstruosidad civil. Ocho Representantes (en una Cámara que requiere un quórum de sesenta y cinco), aprobaron la referida ley. Y para hacer imposible toda protesta se rodeó el hemiciclo de numerosos hompones comandados por Colinche, un personaje tristemente célebre, acompañante obligado del Presidente Machado en toda ocasión. La Ley de Jurisdicción Militar ya ha hecho sus efectos: toda persona digna complicada en causas políticas ha caído bajo la irresponsabilidad uniformada y omnipotente: todo soldado o policía realizador de crímenes por encargo de la Dictadura ha sido acogido amorosamente por sus juzgadores de ahora, que fueron ayer sus inductores. En los momentos en que yo, como Acusador Privado a nombre de la madre del estudiante Alpízar, acumulaba ante el Juez de Instrucción pruebas bastantes para el encarcelamiento de los tres policías que lo asesinaron, tomó la causa la jurisdicción militar cerrando todo camino de justicia.

No crea usted que ante tan terrible realidad ha flaqueado el ánimo criollo. Si alguna demostración faltaba de la gallardía cubana, los días de ahora la están ofreciendo. El Dictador sigue persiguiendo, encarcelando, torturando, matando. Pero todos sus esfuerzos por lograr la **normalidad**, el silencio cómplice, han fracasado. Los centros docentes: la Universidad, los Institutos, las Escuelas Normales y de Comercio, continúan clausurados. La juventud, sin la cual esos centros carecen de vida, ha jurado guerra al Dictador. Y la rebeldía de cada sector se manifiesta patente en cada instante. Si hasta aquí han faltado modos materiales para echar abajo la ignominia, no es cosa imputable a la entereza cubana.

Y ¿qué postura—se estará preguntando usted—, qué actitud adopta ante el crimen la representación diplomática de los Estados Unidos, de una nación que, por virtud de una **Enmienda** desdichada, debe impedir la existencia de un gobierno homicida? La actitud, la postura que cabe a una potencia imperialista que posee en Cuba un codiciado campo de explotación, que es poseedora de más de la mitad de la tierra cubana, que manda irrefragablemente sobre la industria azucarera, alimento primordial de la economía isleña, que tiene en Gerardo Machado un servidor complaciente, que mira con buenos ojos cuanto se haga en Cuba en carne proletaria y estudiantil. Por gran suerte, la gente nueva ha comenzado a ver claro y dirige ya sus ataques conjuntamente a Machado y a su gran valedor y compadre Mr. Guggenheim. La tortura, la mutilación, la muerte a medianoche en las fortalezas y cárceles, el acoso y cacería de obreros, cosas frecuentísimas en Cuba, serían escándalo en New York y allí el yanqui levantaría su protesta hipócrita. Pero todo eso realizado en tierra mulata, cerca de las plantaciones cañeras, puede ser ejemplar y adormecer ciertas inquietudes... Si, además, lo realiza un buen agente financiero, un lacayo capaz de matar de hambre a un pueblo por pagar al prestamista de Wall Street, no hay razón de protesta sino de aplauso. Washington aplaude a Machado y le hace posible la permanencia en el poder.

Sepa, compañero, que conmigo le agradecen su desvelo cubano miles de jóvenes limpios y valientes y que ellos, quedan a sus órdenes, muy devotamente, como lo está su amigo,

Juan Marinello

EL TESTIMONIO DE MASFERRER

San Pedro Sula, Honduras, 4 de Febrero de 1932.

Mi querido Joaquín García Monge.
San José.

Cabe todavía en lo posible, que yo vaya al Congreso del Caribe, si éste se celebra en abril. No me será fácil, porque todas mis cosas andan trastornadas; pero haré lo posible.

El capítulo de mis disculpas con usted, por mis desatenciones y malacrianzas, se reduce a esto: cometí la imbecilidad de meterme en eso que llaman política militante, durante un año, y me volví áspero, fanático, descortés y tonto. Y gracias que no fué peor. No hay, querido Joaquín, estado de ánimo que vuelva más apasionado y más estrecho. Como todo eso descansa en la idea de que uno sabe más que los otros—los adversarios —y que sólo uno es honrado, instruído, inteligente y patriota, la soberbia se le desarrolla inmensamente; y con la soberbia, es claro, la necedad.

Así, querido Joaquín, considere que durante un año estuve enfermo de necedad, y ya con esto se explicará todas mis faltas.

Por supuesto, el fondo de mi amistad para usted, de mi admiración a su obra, de mi agradecimiento a su esfuerzo—que nos ha creado a los hispanoamericanos una voz resonante y ecuánime,—eso quedó intacto. Y también mi cariño, desde luego.

Si me envía el **Repertorio**, diríjamelo a Tegucigalpa.

Adjunto va un pequeñito giro de **seis dólares**, por encargo de la señorita Graciella Bográn, de esta ciudad, para que haga el favor de servirle una suscripción del **Repertorio**, a contar del 1º de enero de este año. Le recomiendo que fije su atención en esta joven, que merece ser su amiga. Es una muchacha de grandes anhelos espirituales, esforzada por el mejoramiento de su ambiente, maestra de vocación, inteligente, y ya un tanto entrenada en el escribir como usted verá por los ejemplares de **Alma Latina**, que ella redacta. Yo creo que Graciella va en camino de llegar a ser una escritora notable en Centro América; y aun más allá, si se acoge al patronato de usted, tan alentador y fecundante.

En mi triste país, se suceden los horrores. Se dice de tres mil muertos, campesinos casi todos, que se lanzaron a tomar los cuarteles, exasperados por el hambre. Les tachan de bolscheviques, de monstruos, de cuanto adjetivo denigrante les sugiere el miedo y la cólera a los terratenientes y millonarios enfurecidos y vencedores. Y la verdad, la verdad única es que no hay nadie más sufrido, más ignorante, más incapaz de bolschevismo que los jornaleros salvadoreños. Yo les conozco; yo los defiendo, desde hace unos dos años, porque nadie hay que los defienda. Desde hace cuarenta años se les explota, se les embrutece con el alcohol, se les extorsiona y se les miente. Y ahora, cuando tenían más de un año de casi no comer, por falta de trabajo, se les extermina...

Adiós, querido Joaquín. Recuérdeme a mis amigos. Quizá vaya pronto a suplicarles un rincón amistoso para acabar mis días.

Alberto Masferrer

CRISTIAN RODRIGUEZ RECUERDA A D. JUSTO

....

Para mí la muerte de don Justo ha sido particularmente dolorosa, porque su personalidad ha estado asociada muy

de cerca a mi niñez y adolescencia. Lo conocí por vez primera, siendo yo aun un escolar, en la ciudad de Liberia, allá por el año de 1908 ó 1909, cuando fué a presidir, en representación de la Secretaría de Instrucción Pública, la primera junta calificadora de maestros que visitó el Guanacaste. Recuerdo que a mí me cupo la honra de ir a encontrarlo, a caballo, en compañía de un hijo del finado don Manuel Chamorro Bolandi, entonces inspector de escuelas de uno de los circuitos de mi provincia. Don Manuel había marchado con anterioridad a Filadelfia, o mejor dicho, tenía su despacho en esa población. Yo fuí a recibirlo en compañía, como he dicho, del niño Chamorro, creyendo que encontraríamos la comitiva a pocos kilómetros de Liberia; pero como no fué así tuvimos la audacia de continuar solos el camino hasta Filadelfia, cruzando el árido Llano Grande y vadeando el Tempisque, el mismo río donde se había ahogado mi abuelo, que fué amigo de don Justo, hacía varios lustros.

Algún atraso debió de haber ocurrido, pues cuando desmontamos en ese pueblo la comitiva no había ingresado aún, llegando algunas horas más tarde, ya de noche.

Mi padrino, don Manuel Chamorro, tuvo que telegrafiar a mi madre, para tranquilizarla. Dormimos en Filadelfia y a la mañana siguiente, muy temprano, iniciamos todos el regreso a caballo. La comitiva, si la memoria no me es infiel, comprendía, además de don Justo, al mencionado inspector, don Fidel J. Tristán, don Lauro M. Leal, algún otro enviado y un sabio alemán, con gruesas gafas y casco blanco de cazador. El naturalista tudesco aprovechaba esa oportunidad para realizar una exploración científica por el Guanacaste.

Por cierto que le ocurrió un incidente cómico, que puso en entredicho su sapiencia entomológica: recogió en el camino un enorme nido de comején, que colocó en un baúl de madera. Cuando quiso examinar los insectos en Liberia, se encontró con que éstos le habían hecho trizas el baúl. El incidente fué, durante muchos días, motivo de esparcimiento entre los socarrones liberianos.

La larga caminata, con los obligados descansos, por lo bochornoso del clima, me dió ocasión de escuchar por primera vez la culta charla de aquellos viandantes, que causó una indeleble impresión en mi imaginación de niño.

Yo no me cansaba de pasar revista a los ilustres visitantes, interesándome en particular la personalidad de don Justo. Ya tenía por entonces la barba blanca, (que debe de haberle encanecido prematuramente), aunque un poco más corta y menos poblada que en sus últimos años; llevaba anteojos con montadura de oro, tras los cuales brillaban sus vivos y expresivos ojos; cuello bajo, corbata blanca, traje claro, y sombrero de paja. Me impresionó sobremanera el timbre de su voz que debía de serme luego tan familiar, sus frases cortas e incisivas, y en general lo pulcro y refinado de su dicción. Para mí, que desde muy niño he tenido predilección por el trato de los mayores, aquello fué un verdadero regalo, y en mis adentros me sentía con todo derecho para alternar con el grupo de profesores. No creo, sin embargo, que ellos se hubieran dado mucha cuenta de mi presencia, y nunca se me ocurrió preguntar a don Justo si recordaba entre aquel comité de recepción a un negrillo flaco y langarucho y pedante ya desde esa edad. Es probable que los hubiera importunado mi entrometimiento, pues, como digo, yo era muy "salido" y metido a grande. Con ocasión de la visita de don Justo a las escuelas de Liberia se colocó en la dirección un gran retrato de don Mauro, al óleo, que me sirvió para recordar al ilustre personaje que había conocido en mi infancia, pues yo encontraba en ese entonces una gran semejanza entre los dos educadores. Cuando, dos o tres años más tarde, encontré a don Justo en una de las calles de San José, una de mis mayores alegrías fué identificar, sin ayuda de nadie, al viejo amigo, a quien veía con frecuencia en las veladas del Ateneo y entre el grupo de educadores amigos, aunque mi conocimiento íntimo de don Justo data más bien de 1913 y 1914, en que fué mi profesor de retórica y literatura, en el Liceo. Yo no era muy aplicado que digamos, pero las clases de don Justo me cautivaron desde el principio y sus cursos fueron de los pocos en que desplegué gran actividad. Don Justo representaba para mí un nuevo tipo de profesor, poco exigente en las lecciones y preocupado, más que todo en despertar interés y amor por su asignatura. El abrió nuevos horizontes, hasta allí no sospechados, a nuestra vida intelectual de estudiantes. Debo decir que mi gran entusiasmo por la literatura fué inculcado principalmente por don Justo. Don Justo ha tenido la rara virtud de conservar siempre joven su inteligencia, condición que hacía más accesible su pensamiento a sus discípulos. En realidad cuando Omar Dengo, con su impulso renovador y durante su noviciado como profesor, quiso introducir en los consejos sus nuevas concepciones sobre disciplina, en pugna con las ideas inveteradas, uno de sus principales aliados fué don Justo, a quien nada de lo nuevo le era extraño. La plasticidad de su mente y la capacidad para adaptarse a las nuevas condiciones fué una de las características de don Justo. Fué el primer, en mi experiencia estudiantil, que nos puso a leer obras literarias completas, en vez de resúmenes bibliográficos. Bajo su dirección leí a Berceo, al Arcipreste de Hita y demás preclásicos, lo mismo que a Góngora, Quevedo y otros escritores y poetas del Siglo de Oro. Tan a pecho tomé yo la literatura preclásica, que llegué a escribir, en broma, largos poemas en castellano antiguo, según la cuaderna vía, a imitación de Berceo y del Arcipreste, comentando sucesos de actualidad de nuestra vida colegial. Los conocimientos de don Justo en literatura clásica y universal eran vastísimos, y en nuestro breve curso, adquirí referencias sobre varios autores que hoy figuran entre mis favoritos. Debo confesar que yo era un poco díscolo, y dí no poco que hacer a don Justo, empeñándome en recitarle los nombres de todos los capitanes y soldados de ambos bandos que participaron en la guerra de Troya y algunas otras maravillas mnemotécnicas como los hechos y parentescos completos de casi todos los héroes y dioses de la antigüedad griega. Hacía yo también alarde de erudición en fechas y nombres de la literatura clásica española. Un día que le repetí íntegramente la biografía de Quevedo, con fechas y folios de su bautismo y mención de sus rivalidades literarias, alarmé tanto a don Justo que me llamó aparte y me dió consejos, temiendo que yo fuera por el camino de llegar a ser un erudito más árido que Hermosilla. En esa época cultivaba yo también la caricatura y uno de mis motivos era desde luego el viejo profesor, quien recogió y conservó uno de los bocetos que le pareció muy afortunado. No es ésta la ocasión, ni estoy capacitado para ello, de hacer una apreciación sobre la labor educativa de don Justo. Sólo diré que su actividad cultural no se limitó al acertado desempeño de las múltiples posiciones oficiales que ocupó, sino que se ejerció con no menos provecho en libros y revistas y principalmente desde su presidencia del Ateneo. En realidad, don Justo era el Ateneo, y mientras su fuego y entusiasmo lo alimentaron, esa importante institución cultural se mantuvo en pie, y murió cuando don Justo, cansado ya de nuestra indolencia, le retiró su apoyo. De paso quiero señalar también una idea que preconizó en educación sobre la verdadera función de los liceos, corrigiendo una concepción errónea que todavía prevalece, y en la que convendrá insistir: para don Justo la educación en los liceos e institutos no debía considerarse como enseñanza superior, sino como un simple complemento de la enseñanza primaria, sin perjuicio de crear centros de enseñanza superior. Como tal, todos los jóvenes deben tener acceso a ella, si no han de quedarse en una condición de semi-analfabetismo. La idea corriente entre los padres de familia es que ellos les están dando una carrera a sus hijos al enviarlos al liceo. Cuando se convencen de que los liceos no responden a lo que ellos esperan, se vuelven contra la educación secundaria y abogan por su supresión.

Salido del colegio, continué cultivando asiduamente el trato de don Justo, y cuando en octubre de 1922 me resolví a venir a los Estados Unidos, tuvo la amabilidad de proveerme de varias cartas de recomendación para sus amigos en ésta. Tampoco después de residir en este país cesaron las deferencias de don Justo, con quien me carteaba de vez en cuando: hasta muy poco antes de mi partida, en aquel año, yo había estado dando unas clases de inglés en la Escuela Normal y tuve el honor de ser sustituído por don Justo.

Pues bien, don Justo tuvo la generosidad de enviar a mi madre los sueldos devengados por él durante la terminación del curso y los meses de vacaciones.

De nuestra travesía juntos en su último viaje a los Estados Unidos, él debe de haberle dado pormenores. Durante las tres o cuatro semanas que pasó en Nueva York yo fuí casi invariablemente su compañero. Muchas veces nos desayunábamos y comíamos juntos, visitando centros de recreación, teatros y tiendas. Tenía toda la curiosidad de un joven. Recordaba mucho la Nueva York que

había conocido cuarenta años antes y se complacía en señalar los cambios y adelantos que en todo ese tiempo habían ocurrido. Manejaba el inglés con bastante soltura y nunca tuvo dificultad para entender o hacerse entender. El viaje en general lo divirtió mucho. Por supuesto no pudo tener el gusto que habría sentido si usted y Rodrigo, que constituían su perpetua preocupación, hubieran venido con él. Cuando me dió el abrazo de despedida en el vapor me dijo que a menos que yo regresara pronto a Costa Rica, no esperaba volverme a ver. Un gran sentimiento de nostalgia y tristeza embargó mi ánimo en ese momento, pues yo tenía el presentimiento de que no dejaba de tener razón.

. . . .

Cristián Rodríguez

(Desde Nueva York.)

CONDOLENCIA

Don Joaquín: El **Repertorio** me cuenta que perdieron Uds. a su Ministro-escritor D. Justo Facio. También las gentes del Sur le admirábamos y nos ponemos lado a lado con Uds. en el duelo. Fué uno de los hombres completos salidos de nuestra arcilla que no los da así con frecuencia. Le gustaba enseñar, escribir y hacer, y estaba más vivo que los que no hacemos. Conmovía ver por fin a un intelectual de veras dirigiendo un Ministerio de Educación. Yo no olvidaré nunca a ese anciano fino, ya un poco diamante en la claridad y la limpieza, que se iba a reemplazar a un Director de Liceo cuando caía enfermo! A su noble mujer buena, a Uds. que lo han honrado y al país de los amigos la condolencia dolida de

Gabriela Mistral

S. Margherita, Génova, Italia. 10-3-32.

AL CENTRO DE LECTURA DE LA NORMAL

Saludos cariñosos y estos primeros "recados":

1º Tal vez ustedes crean como yo, que el carácter de un escritor y sobre todo de un hombre humanísimo como Martí, hay que buscarlo en sus cartas. Léanse la parte que bien puedan del **Epistolario** coleccionado por Lizaso. Estúdiense allí la manera tan nueva de esa epistolaridad; estúdiense la ternura del gran tierno, allí más de tocar que en los poemas; estúdiense su vida de Nueva York, que me parece ejemplar para nosotros, por la laboriosidad; estúdiense su sentido de una revolución; estúdiense los lotes de su preocupación por el destino de la América en general; y estúdiense la muy correcta y muy señora lengua en que están escritas desde las cartas hasta los simples recados.

Yo quiero recibir de ustedes algunos descubrimientos de observación. Trabajo también en un largo comentario de esos volúmenes y después de recibir los mejores trabajos de ustedes, que me mandará un profesor de la Normal, o si quieren una de ustedes mismas, les mandaré lo que yo he escrito, y tal vez aproveche, previa declaración del origen, las novedades que me vengan de la mano de ustedes...

2º Digo a don Joaquín, el nuestro, que con ocasión del centenario de Goethe, podríamos hacer algo ordenando las ideas pedagógicas del gran alemán que es sobre todo un ejemplar prócer del hombre europeo. ¿Qué les parece una lectura lenta de las **Conversaciones** de Eckermann, donde ustedes separen las ideas de educación, que están esparcidas y que son espléndidas y serviciales todavía para nuestro tiempo? Ustedes pueden repartirse los rubros de un pequeño **Ideario** de Goethe que después continuaríamos con sus libros. Por ejemplo: Ideas sobre las ciencias; sobre las artes; sobre el niño; sobre la cuestión social; sobre las mujeres; sobre el hombre en general, que él se sabía tan bien; sobre la religión. Yo haría aquí lo mismo. Como el material es enorme; y no vamos a meternos en honduras terribles, escogeremos después la tajada de averiguación en que nos quedamos para desarrollar una cosa parecida a un pequeño estudio. Sigue joven Goethe, más joven que Cervantes en su mensaje, más que el Dante, y yo me he sorprendido de esto, de su lozanía en el año 932, y estoy encantada de repasármelo de nuevo.

Leer con cuidado, con alegría **y con intención de ordenar.** Hacerle con todo respeto la réplica que aceptaría él mismo sobre muchos puntos, porque era criatura de rectificaciones por celo de extrema liberalidad. Se les abrirá el apetito de leer una vida suya. La de Ludwig, más tarde.

Gabriela

S. Margherita, Génova.

La vergüenza de ser poeta

= *Envío del autor* =

Un buen amigo mío de la Habana, me recomienda que escriba todo seguidito, porque para la forma esa del verso, que exige una estrofa corta y otra debajo, no hay lugar en las revistas ni en los periódicos de su país.

Para unos artículos que no dicen nada y que no se terminan nunca, para eso el espacio del periódico es generoso; para el poemita ridículo en que un sentimental ha puesto todo lo que es, todo lo que vale; que se ha pasado en un solo verso días de días, tal vez para sólo cambiar una palabra, el admirable periódico contrae el ceño; aquello le quita seriedad y respeto. Eso sí, para decir cuánta niña cursi se accidenta o se casa, o al fin se casa, las columnas del periódico son pocas.

Yo tengo amigos poetas, no versificadores, que tienen que esconder como cosa robada sus trabajos, porque si la familia se entera de que han cometido la desgracia de rimar, pierden el crédito: aquel muchacho será la mancha de la familia, nunca servirá para nada útil; desde luego, la víctima a fuerza de oír su inutilidad acabará por no hacer ni versos.

Yo tengo una pequeña finca, labro la tierra, manejo la maquinaria agrícola con absoluta precisión, tengo un hato que yo mismo atiendo, aún en el arte de curarlo. Sin embargo, como he cometido el pecado de hacer versos, mis trabajos agrícolas son quimeras, montarse todo el día en un tractor, en mi caso, es un sueño de hadas.

Cuantos he oído decir que no habremos de comer de versos, se olvidan que las manifestaciones de los países, nos llegan por esos soñadores, por esos inutilísimos poetas. Nadie ignora el caso de Silva poeta, pegándose un tiro para hacer desaparecer al comerciante. Díaz Mirón, es más grande que México. Darío nunca hubiera cabido en su Nicaragua.

No, mi amigo, nada de versos puestos seguiditos, al pensamiento poético no habrá de matarlo la industria azucarera. No se olvide de que para la gloria basta un buen amigo resignado a oír la lírica de su compañero.

Max Jiménez

Alajuela, 1932.

GOETHE, GENIAL APRENDIZ...

(Viene de la página 184)

Su charla aleja al discípulo y su terca medianía angustia a los mejores. La enseñanza del verdadero artista revela el sentido, pues donde faltan palabras habla la acción. El auténtico discípulo aprende a deducir lo desconocido de lo conocido y se acerca así al maestro". (Comentar esta "cartilla de aprendizaje" sería hacerle perder vigor. Hemos preferido trascribirla. No profanemos la médula del gran libro goethiano).

En "Los años de aprendizaje de Guillermo Meister" sólo veríamos una novela trivial si, como en todas las grandes novelas, el espíritu no brincase ágilmente sobre la trivialidad. Cada suceso es como un pedrusco—cualquier pedrusco—donde pueda asentar el pie la inteligencia. (Lo demás queda para los hábiles y conmovedores cronistas de sucesos). "Los años de aprendizaje" reproducen la vida ordinaria de un hombre cualquiera en cualquier zona social; de modo que la verdad superficial pudieron muchos trascribirla con análoga exactitud; pero la verdad profunda, la ley interior, sólo Goethe era capaz de trascribirla así.

Porque la verdad profunda se comunica a muy pocos; por eso no suele ponerse en contacto con el escritor aturdido—que eternamente niño—se pasma ante los tornasoles de la anécdota. Sólo se revela a quien constantemente se complace en pegar el oído al corazón de las cosas, al que diariamente manipula con ellas, al que, ya blanca su cabeza, continúa siendo un incansable aprendiz. En nuestro caso—en el de Goethe—un genial aprendiz.

Benjamín Jarnés

GOETHE...

(Viene de la página 184)

equilibrarse en espléndida confrontación. Romanticismo en la elasticidad de la inquietud, en el ansia torturada de infinito; clasicismo en la noble depuración de la obra, en las justas dimensiones de toda su arquitectura. Ensueño y realidad. Impetu para la tensión del salto y gracia contenida en la actitud del vuelo que se apacigua para crear.

Limite la eutrapelia a los espíritus débiles, míseros, desteñidos por la opacidad de sus vidas oscuras. Goethe no conoce las limitaciones. Moderarse es renunciar; y sólo renuncia cuando mejores advenimientos alumbran el sendero. Su experiencia vital, su tensión de conocimiento, son por eso inagotables. Finísima sensibilidad, de permanente remozamiento dotada, que no acaba jamás el vaso de agua de la vida.

¡Ah los sombríos problemas interiores que cada minuto colman la vasta red del tiempo sin que alcancemos a vaciarla! Pero Goethe los siente, los vive, los penetra, llegando a la sabia virtud de darles forma para ofrecerlos al mundo.

Y en la emoción rosada de la infancia; al dejar las dulces trenzas brunas de Federica; mientras rasga el soberbio paisaje de la Italia; tallando el "Egmont"; al afirmar su teoría de los colores en el fragor del combate; concibiendo el "Tasso"; viviendo el amor trunco en la delirante fuga de su apasionado ideal, Goethe es, siempre, conmovido por todas las fuerzas del mundo exterior, sacudido por todos los oleajes del espíritu.

3

Humano, tan humano, que en la más áspera idealización de sus pasiones finca el sosiego de la familiar ternura. Christiana la trabajadora, la amante, la fiel. Pero también la tosca, la ignorante, la simple Christiana.

Y humano, tan humano, que el genio le concede tiempo y voluntad para entretenerse en la madeja infantil de manías que tortura al coleccionista.

4

Goethe es el verdadero representativo de la cultura occidental.

No basta. Es también la más admirable totalidad humana, cumpliendo su función natural en magnífica armonía. Impulso primero; proporción después. Actuando tremendamente sobre todos los elementos que le rodean, entregándose a ellos, para aplacarlos más tarde. Afirmando al hombre sobre el escritor y a éste sobre aquél. Viviendo la experiencia, extrayendo de ella toda creación ideal.

Lo que alguno de sus biógrafos llama su "aceptación de la armonía universal", no es sino el profundo y puro panteísmo que aproxima el espíritu humano a la divinidand, ya que no puede identificarlo con ella.

Mas no confundamos; se afirma: Goethe no es Shakespeare, no es Cervantes, en negación de equivalencia que no revela sino limitación de juicio. Efectivamente: Goethe no es Shakespeare, pero Shakespeare no es sino el mundo trágico de sus grandiosas creaciones; Cervantes no es sino la vigorosa realización del novelista; Goethe, en cambio, no sólo es el poeta, el dramaturgo, el novelista, el filósofo o el naturalista. Es todo eso y algo más vital, más palpitante, más ejemplar en la afirmación del individuo: es el hombre.

Contener a todos los hombres. ¿No los contiene el "Fausto", historia de todos los hombres? He aquí el símbolo del concepto fáustico que tan maravillosamente expresa la eterna sed de infinito de la humanidad.

Para acercarse a Goethe es necesario acercarse a la vida.

Pero la vida es la Pasión. Y sólo aquellos que abandonando la sombra azul de la meditación penetren al incendio movible de la propia experiencia, medirán la intensidad del mundo goethiano concebido por el hecho y por la idea.

Y en la imaginación, en la fantasía audaz pero certera del artista, acaso ningún símbolo más acabado para representar la angustia goethiana, como la patética escultura del Herakles de Bourdelle, que en su anhelo infinito de afirmar la vida hiere al espacio con la punta vivaz del arco tenso, mientras el recio torso del héroe se inclina coléricamente sobre el mundo.

Fernando Díez de Medina

La Paz, Bolivia, 1932.

INDICE



19 LIBROS QUE LE INTERESAN:

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ¢2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.00 / El año, $5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

PAN EN LAS ISLAS

El arte de D. H. Lawrence

= De *El Sol*. Madrid =

Al curioso pertinente que le preguntaba a Chesterton—gran caballero de la alegre figura, buen paladín de la **old merry England,**—por qué había dejado de combatir el puritanismo para acometer, pluma en ristre, contra los paganos, el jocundo par británico le respondió:

—Porque el puritano mismo se ha pasado a la pagania.

Según un clásico concepto, cuando fracasa el epicúreo, perdidas ya sus esperanzas de encontrar el placer en este mundo, se convierte en estoico, cubriendo con el manto senequiano de la apatía la angustia de su carne triste y corrupta. En la actual Inglaterra parece que las cosas suceden al revés. Es el estoico fracasado quien se entrega al epicureísmo. El metodista, harto de indiferencia, rasga la clámide del pudor y enseña cínicamente llagas y heridas.

Los ojos asustados de los viajeros se creen víctimas de alucinación cuando asisten al espectáculo del desnudismo londinense. Pero ¿es posible? El pueblo del **cant** y la refinada hipocresía se entrega ahora a aparatosos alardes de inmoralidad. Un viento de libertinaje ha arrebatado todas las pelucas, y el inglés se muestra tal cual es: adámicamente. Nada se asemeja menos al paraíso que un barrio fabril londinense, hecho de dolor callado y de bruma, o un romántico castillo, con hiedra de leyendas, de un condado escocés Y, sin embargo, la serpiente se arrastra por las calles, al aire libre, y repta por los muros próceres. La serpiente paradisíaca y rousseauniana, la tentación del primitivismo, la maléfica concupiscencia del retorno a la naturaleza, de la vuelta a los orígenes y a la animalidad. El **Paradise lost,** que Milton sospechaba situado en remotas latitudes, está, según la juventud inglesa, al alcance de la mano, como la manzana bíblica.

Seasons return but not to me returns
the Day of the sweet aproach of Ev'n or Morn.

Milton—replica el nuevo inglés—estaba ciego y no veía que el placer sale al encuentro de todos los seres, cuando éstos, libres de prejuicios, es decir, sin juicio alguno, siguen dócilmente su instinto, en nombre del erotismo y la sinceridad. ¿Quién es ese viejo músico que en los bosques, antes estremecidos de duendes y trasgos, así incita al inglés cultivado al retorno al energúmeno inicial? Dicen que se llama D. H. Lawrence, y que sus dedos hábiles tocan una melodía nunca oída, llena de gracia y seducción. Y acaso la melodía, en efecto, sea inaudita en las púdicas islas. Pero nosotros, continentales, gente vieja y maliciosa de milenaria romanidad, nos la sabemos de memoria. La hemos oído



D. H. Lawrence
Dibujo del caricaturista *Kapp*

tanto que ya podemos vencerla, como los marineros del Mediterráneo a las sirenas, cantando la misma canción; pero cantándola al revés. Nosotros estamos ya de vuelta. En la música de Lawrence reconocemos la flauta pánica de los siete agujeros.

Un racimo de uvas, una guirnalda, bueno. Pero nada más. Los morenos del mediodía disciernen de dioses y saben, desde hace miles de años, que ése que canta y baila apenas era en Grecia un semidiós.

En la latinidad ya no es posible hacer del sexo el bien supremo, ni es posible captar voluntades con una torpe apología de los valores materiales y de la inocencia del cuerpo. Hemos sufrido demasiado la intoxicación rousseauniana para creer a pie juntillas en esas falsas equivalencias de lo sincero con lo primario y lo perfecto con lo más fácil y lo natural. "Yo quiero que hombres y mujeres puedan pensar las cosas sexuales plena y abiertamente. Aun si no podemos obrar sexualmente a nuestra satisfacción, sepamos, al menos, pensar sexualmente con franqueza y claridad". Lawrence quiere—o quería,—porque ya ha muerto—eso. Los ingleses lo quieren también. Ahora inician los marineros rubios su embarque para Citerea. Nosotros nos hemos aburrido demasiado para dejarlos ir sin compasión.

En un pasaje de **El amante de lady Chatterley** resume sus ideas el autor. Piensa Lawrence que el error inglés ha consistido en haber ensayado todas las democracias menos la única que realmente puede fundir: la "democracia de contacto, la democracia corporal". Pero se equivoca al suponer que el roce físico, el contacto por el sexo—"lo único común de la humanidad"—une y confunde, suprimiendo lo individual, lo diferente, la angustia solitaria del yo. El amor es muy otra cosa que un contagio, una como epidemia que resolviese en promiscua algarabía las conciencias, para superarlas a fuerza de aniquilamiento y negación. Max Scheler ha podido comprobar, con el auxilio de la investigación moderna, la tesis clásica que supone necesaria para el amor el conocimiento de lo distinto, lo cual exige una cierta distancia y lejanía entre amante y amado. Sólo desde una "distancia noble", como la que Goethe intercalaba entre el arte y la vida, se pueden percibir los valores que residen en el ser amado. Y sólo por ese conocimiento previo, por esa cristalización de perfecciones, es el amor inexhausta fuente de dignidad.

La prolongada abstinencia metodista, esa tradicional actitud protestante de ignorancia con respecto del cuerpo, ha traído, tras excesivas cuaresmas, el carnaval presente. Ese carnaval de las novelas de Lawrence, donde los glaciales británicos se disfrazan de ardorosos poniendo sobre los rostros frígidos caretas cínicas pintadas de vino y canción. A la época de ley seca debía suceder un tumulto embriagado. Esperemos que, a la postre, la Inglaterra marinera, vacilante entre los extremos, encuentre su vieja, alegre y católica actitud.

Viene sobre Inglaterra la noche, "tropezando y cayendo como un beodo". Ya ha venido—sabe Dios hasta cuándo—la noche predicha por su poeta, por Shakespeare, que era la viña y el vino, vino jocundo del Renacimiento y vino sacramentado de la Britania medieval, que dió por el Señor en Tierra Santa la sangre de su nobleza y la flor de la juventud. San Jorge por la alegre Inglaterra. Por aquella—ni estoica ni epicúrea—vieja tierra cristiana, que después a los barones que iban a las Cruzadas cantando el alto verso de la liturgia que habla de beber con pureza

sobriam ebretiatem spiritus.

La "sobria embriaguez del alma".

Eugenio Montes

Imprenta LA TRIBUNA